

3 

Laura Escudero
**HEREDÉ
UN FANTASMA**

ANA RECIBE UNA CARTA DE SU TÍA DOROTEA, ¡QUE HA MUERTO HACE DIEZ AÑOS!: LA TÍA LE DEJA COMO HERENCIA UNA CASA, PERO CON UNAS EXTRAÑAS CONDICIONES... CUANDO ANA SE MUDE ENCONTRARÁ ALLÍ, ADEMÁS DE UN SAPO Y UN LORO, UN MISTERIOSO SECRETO FAMILIAR.

LAURA ESCUDERO NACIÓ EN CÓRDOBA EN 1967. YA DE CHICA QUERÍA SER MAESTRA Y ESCRITORA; ESTUDIÓ ARTE Y TEATRO, Y SE RECIBIÓ DE PROFESORA DE NIVEL INICIAL Y DE PSICÓLOGA EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA. ACTUALMENTE, TRABAJA EN DIFERENTES PROYECTOS DE PROMOCIÓN DE LA LECTURA POR MEDIO DE LA LITERATURA.

A PARTIR DE 9 AÑOS

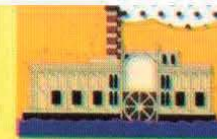
ISBN 978-987-573-020-5



CÓDIGO 3000014

9 789875 730205

EL BARCO



DE VAPOR

Laura Escudero

Heredé un fantasma



sm

A mi madre, por su herencia.

Todas las mañanas tenía por costumbre abrir la puerta de mi casa y mirar la entrada. Apenas levantada, cumplía puntualmente con mi ritual: asomarme, revisar el montón de hojas secas arremolinadas en el piso y comprobar que las cartas no aterrizaban allí, siempre pasaban de largo.

Hasta que fue distinto.

Abrí la puerta y vi una carta de verdad, con estampilla y todo. Una carta en un sobre blanco, escrita con letra cursiva prolijísima. La levanté y me fui a preparar una taza de café con leche, porque dicen que las sorpresas en ayunas caen mal.

Hice bien.

Era una carta de la tía Dorotea. Pero eso no podía ser, porque Dorotea había muerto diez años atrás. Es sabido que hay cartas que se demoran, pero diez años

era demasiado. Para no caer en especulaciones inútiles, saqué el papel y leí:

—*—

Mi querida sobrina nieta:

Sabrás que hay cartas que dan la vuelta al mundo. Esta no, es viajera en el tiempo.

Me imagino lo extrañada que estarás de haberla recibido, después de tantos años. No te preocupes, no fue que se perdió (¿y supongo que no pensarás que la mandé yo misma desde el más allá!). Nada de eso. Estuvo guardada en una caja. Esperó todo ese tiempo hasta que vos crecieras y pudieras hacer lo que te voy a pedir.

Antes de pasar a explicarte el motivo de la carta, te quiero hacer algunas advertencias. Sé perfectamente que las malas lenguas han dicho muchas cosas de mí: que soy una amarreta, que estoy avinagrada, que hablo sola y evito las visitas. Las peores aseguran que estoy chiflada. Es de envidiosos, no te quepa la menor duda. No les hagas caso. Te pido que leas todo hasta el final y después te tomes cinco minutos antes de decidir. Ahora sí, vamos a lo que nos importa.

Como te habrán contado, nunca me casé, y tampoco tuve hijos. Igual me fue de lo más bien, no te preocupes. Agarrate fuerte, porque esta es la parte en que podés necesitar una silla para no caerte.

Vos sos una digna heredera del apellido Töbler y mi pariente más cercana. El caso es que te dejo de herencia mi casa. La que hizo mi papá, o sea tu bisabuelo, y donde nacimos tu abuelo y yo. Desde donde te estoy escribiendo.

Estará cerrada desde mi muerte con los muebles adentro y todo.

La única condición para recibirla es que te instales a vivir en ella de inmediato. Tenés que ocuparla permanentemente durante los próximos tres meses, sin decirle a nadie. Es un secreto.

Te doy una hora para terminar de leer y armar las valijas. Después te vas a Rivadavia 21 y le pedís la llave a don Iturriaga, que es quien te hizo llegar la carta.

Acordate bien: hoy mismo tenés que instalarte y dormir en la casa; si no, chau herencia.

No te preocupes por los impuestos: don Iturriaga se ocupó de pagarlos, al igual que las otras deudas.

Acordate de regar las plantas.

Con cariño,

Dorotea Töbler

P. D.: Me encanta cómo quedan los pensamientos en el cantero del frente de casa.

—*—

Fueran malas o buenas las lenguas que lo dijeron, tenían razón: tía Dorotea estaba completamente chiflada. Eran los desvaríos finales de una vieja desquiciada, ¡qué duda cabía!

Recordé el pedido de los cinco minutos y detuve el impulso de arrugar el papel. Me quedé sentada —por alguna misteriosa razón le hice caso— y me acordé de la casa de la tía Dorotea.

Era grande, con dos patios y también jardín. Tenía ventanales y mamparas de vidrio. Una cocina amplia y, contra la pared, una mesa de madera con cajones (de los que me gustaba sacar piolines y tapitas). Había un sillón de terciopelo azul, sobre el que me acostaba para ver un cuadro de un paisaje con un molino, un río y animales... Era una casa hermosa, un poco vieja.

Pero, ¿en qué estaba pensando? ¡Seguro que todo era un grandísimo invento! La pobre tía estaba delirando. Irme inmediatamente... ¡Qué ocurrencia!

Miré la cocina pequeña y comprimida, vi las manchas de humedad en la pared, recorrí mentalmente el departamento en la planta baja de la enorme pajarera en donde vivía, pero lo que me decidió fue el recibo de alquiler. Últimamente, mi economía venía bastante desmejorada. Desde que había dejado la facultad, la mensualidad que me enviaban mis padres era cada vez menos generosa.

Y bueno... ¿Qué podía perder con ir a ver? La calle Rivadavia al 21 quedaba a unas cuadras. Doy un paseo

y me saco la mufa, pensé, porque hay que tener mala suerte para recibir una carta en la vida y que sea de una tía abuela fallecida; heredar una casa y que sea el invento de una vieja loca...

Lo del paseo no pudo ser, porque caminé muy apresuradamente (en el fondo, tenía alguna esperanza). En cuanto a la mufa, se convirtió en impaciencia.

En Rivadavia 21 había un estudio jurídico. Pude ver una placa de bronce donde estaban escritos los nombres de los asociados. Quedé paralizada al leer "Dr. Iturriaga". En ese momento, la carta se me cayó encima: cada palabra como gota de lluvia, y toda junta como un diluvio que me dejó empapada en la vereda.

La confirmación de las palabras de tía Dorotea me ponía nerviosa. ¿Y ahora? No quería entrar, estaba segura de que alguien me iba a decir: "¡Que la inocencia te valga! ¿Cómo caíste?", o algo por el estilo.

Una señora con aspecto de secretaria de estudio jurídico abrió la puerta y me preguntó si quería pasar. Como no me podía quedar en los escalones todo el día, entré. Caminé hasta la oficina como por un terreno minado, a cada paso podía estallar la desilusión.

doctor Iturriaga apareció, en carne y hueso. Existía de verdad, no cabía ninguna duda al respecto. Tendría unos sesenta años. Me miró con aire de incredulidad y dijo:

—Así que usted es la sobrina de la señora Dorotea Tobler.

—Sobrina nieta —contesté.

—¿Recibió la carta?

—Sí, por eso vine.

El doctor Iturriaga hizo una seña indicándome la silla, se acomodó los anteojos y continuó diciendo:

—La señora Dorotea nos dejó instrucciones precisas, aunque entiendo que puedan resultarle un poco extrañas. Nos pidió que guardáramos un sobre en una caja fuerte. Exactamente diez años después, en el aniversario de su muerte, debíamos enviarle la carta a su sobrina nieta. Una tal... Ana Tobler —y, mirándome por encima de los anteojos, agregó—: presumo que se trata de usted.

Como confirmación, simplemente mostré la carta, que hasta ese momento no había soltado. El doctor Iturriaga esbozó una sonrisa algo irónica y continuó:

—Bueno, señorita Tobler, no cabe duda de que su familia es algo... peculiar. Sin embargo, el procedimiento es correcto y su tía Dorotea dejó todos los detalles previstos. Excepto la manera de ubicarla —el hombre volvió a mirarme con gesto burlón por encima de los anteojos—. Debo confesarle que hemos tenido serias dificultades para conseguir su domicilio actual.

—Hace casi un año que vivo en el mismo departamento —le dije.

—Ahá. Pero el contrato de alquiler está a nombre de su padre, que actualmente vive en...

—Copenhague.

—¿Copenhague?

—Sí. Copenhague, Dinamarca.

—Pero, ¿no estaban en Neuquén?

—Estaban. Ahora viven en Copenhague. Usted sabe, cosas de químicos fanáticos. Mis padres tienen una debilidad desmedida por los tubos de ensayo, así que van adonde encuentran más... En fin, usted iba a explicarme sobre la carta de la tía Dorotea.

El doctor Iturriaga, que no parecía dispuesto a renunciar a su interrogatorio, continuó preguntando.

—¿Y cómo es que usted no está con ellos? Digo... con sus padres.

—Bueno, no me gusta el frío y, además, yo tenía que comenzar la universidad.

—Ah, sí. En las universidades también mos, pero... no permaneció en ellas demasiado tiempo. ¿En cuál fue que la encontramos inscripta...?

—En la Facultad de Medicina. Un intento desafortunado por continuar la tradición científica de mis padres —dije rápidamente, sin querer recordar demasiado mis dudas vocacionales—. Me descomponía el olor a formol y, para qué se lo voy a negar, las clasificaciones de los huesos me mataban de aburrimiento... Ahora, don Iturriaga, ¿por qué no vamos al grano? ¿Qué le parece si me va explicando este asuntito de la herencia de la tía Dorotea?

—Muy bien, señorita Tobler, me imagino que algo debe saber por la carta. Se trata de la casa de su tía

abuela —el abogado sacó una enorme carpeta del archivero—. Usted ha sido designada como heredera por la señora Dorotea.

—Entonces, ¿es así? ¿Ella me dejó a mí la casa, así porque sí, sin nombrar a mis padres ni a nadie más?

—Sí, pero exige ciertos requisitos ineludibles. Y este es un punto que insistió en dejar perfectamente claro. Usted quedará como única heredera de la casa y recibirá una modesta pensión temporal, bajo la obligación inexcusable de cumplir con las condiciones expresadas en la carta y enumeradas en este documento que voy a pedirle que firme. Usted deberá mudarse ahora mismo y habitar la casa de continuo durante los próximos tres meses. Por otra parte, no podrá informar a nadie ningún aspecto del asunto durante ese tiempo. El incumplimiento de la cláusula de silencio dejará invalidada la adjudicación de la herencia.

—¿Invalidada?

—Eso quiere decir que si usted no habita la casa a partir del día de hoy, o si divulga algo sobre estas circunstancias extraordinarias, pierde la herencia —el doctor Iturriaga volvió a lanzarme otra de sus miradas divertidas y agregó—: para el caso, es una suerte que su familia esté en... en...

—Copenhague —apunté en un estado de agitación incontenible—. Entonces, firmo este papel, no le digo nada a nadie y me mudo ya mismo a la casa de la tía Dorotea.

—Entendió bien —afirmó el abogado—. Ahora voy a darle las llaves. También le hago entrega de un sobre con la cantidad de dinero asignada para el primer mes. Dentro de treinta días tendrá que venir a retirar una suma igual, y en ese momento acordaremos la fecha para la última entrega. Ahora, por favor, me firma este recibito, y caso cerrado. Esta noche, un escribano va a pasar a certificar que ha tomado posesión del inmueble, y dentro de los tres meses le entregaré la escritura. ¿Qué le parece?

—Perfecto. Me parece perfecto.

¿Qué más podía decir? Nadie dijo nada de una broma ni del estado mental de la tía. Nada.

—Ah... una última observación, señorita Tobler: la señora Dorotea dijo que tal vez tuviera alguno que otro inconveniente, pero que no se dejara intimidar ante la primera dificultad —advirtió el abogado.

—Le aseguro que no.

Agarré el sobre con las llaves, vi que tenía la dirección de la casa escrita en el frente, y me fui.

Ahora que estaba en el baile había que bailar, qué tanto. Para qué andar con vueltas. Yo no soy una chica remilgada.

Con un reciente pero interesante sentido práctico, decidí que iría en busca de mi nueva morada.

La tía Dorotea podría haber estado rematadamente loca, pero si me quería regalar su casa, ¿qué podía hacer yo...?

Armé mi mochila de campamento con la velocidad de un rayo. A la media hora, ahí estaba yo, preparada como para irme de vacaciones a la casa de tía Dorotea.

Me tomé el 50 hasta el barrio Los Bulevares, decidida a conquistar mi herencia.

Día 1

Primera etapa: comienzo de la misión

La exploración del Himalaya fue un poroto al lado de lo que me esperaba. La de la tía Dorotea no era una casa: era una selva tropical impenetrable. Desde afuera se veían plantas exóticas que se empujaban para ver cuál se acercaba más a la vereda, como monstruos herbáceos. Unos frutos gordos y coloridos pendían peligrosamente, a punto de caer sobre la cabeza de cualquier peatón.

¿Cómo habían permitido que semejante engendro vegetal germinara en medio de un barrio tan, tan... barrio?

En la mitad había un portón que se abría hacia la maraña verde. Al intentar entrar, comprobé que el muro arbóreo impedía el paso hacia el interior. El panorama era desalentador.

Volverme sin siquiera haber cruzado esa verja era inaceptable. No me podía dar por vencida.

Me senté en la vereda a pensar. Había que organizar la conquista del territorio. Desplegué un papel y escribí en él una lista de instrumentos indispensables:

- a) un machete;
- b) una brújula;
- c) botas y guantes protectores;
- d) repelente de insectos.

Las cosas no iban a ser fáciles, necesitaba ayuda. El tiempo corría y yo tenía que pasar la noche allí, en esa jungla.

Afortunadamente, acertó a pasar un vecino de apariencia amigable que me preguntó de buenas maneras si pretendía entrar a esa casa. Yo, ni lerda ni perezosa, le contesté que sí, pero que sola no podría.

El vecino resultó llamarse Mario, y daba la increíble casualidad de que era guía *scout* y, por lo tanto, tenía en su casa (que, ¡vaya coincidencia!, estaba en la esquina) un machete, una brújula, repelente, y hasta una lupa y un hacha, que según su vastísima experiencia también harían falta.

Y, además de todo, era tan pero tan amable, que estaba dispuesto a ayudarme.

Apenas llegó con su mochila pusimos manos a la obra. Lo primero que hicimos fue decidir que abriríamos un sendero en línea recta desde el portón hasta divisar alguna pared o teja. Al principio los resultados

fueron aceptables, pero después del primer tramo los troncos, las hojas y las enredaderas se volvieron tan intrincados, que el avance se hizo muy lento, y hasta llegamos a pensar que estábamos dando vueltas en círculos. Por suerte, teníamos la brújula.

Soportamos nubes de mosquitos, hormigas coloradas, arañas del tamaño de una mano, y hasta creímos ver una serpiente deslizándose por el tronco de un ceibo. Pero seguimos.

Estábamos muy concentrados en los machetazos y hachazos cuando escuchamos el arrullo de palomas. Mario paró las orejas y dijo:

—Por ahí debe estar el techo: las palomas buscan las tejas para dormir.

Menos mal que estaba Mario. Viramos hacia el Oeste, desde donde venían los ruidos y aleteos. Con renovadas energías, seguimos abriendo camino. Finalmente, cuando el cielo estaba violeta y amenazaba la noche, apareció la galería. Unas baldosas casi enterradas habían impedido el avance de la selva. Linterna en mano, llegamos hasta la puerta de roble macizo. Estaba cruzada por cadenas herrumbradas, candados, pasadores, pestillos y cerraduras. Yo no tenía intención de abrirlas. No se veía casi nada y, además, quién sabe lo que encontraría adentro. Con ayuda de Mario, armé mi carpa iglú, prendí una vela dentro de un frasco vacío y desenrollé mi bolsa de dormir. Mario se despidió:

Tené cuidado, esta casa tiene mala fama.



¿A qué se habría referido? ¿Fama de qué? Otro día le preguntaría. Aunque, en realidad, yo estaba totalmente decidida a habitarla.

Los ruidos de la noche eran muchos y misteriosos. Alguien, golpeando las manos desde afuera, me salvó de mi propia imaginación. Con pasos agigantados, atravesé en pocos segundos el sendero que nos había llevado todo el día abrir. Era el escribano en persona. Me miró como a un extraterrestre, sacó unas fotos y se fue.

¿Ya está? ¿Eso iba a ser todo?

¿Qué tal si me tomaba el 50 y me acostaba a dormir en mi departamentito húmedo pero civilizado, sin un pastito, puro cemento?

No podía hacerlo: era un riesgo y, además, un acto cobarde.

Entré, me metí en el iglú y aseguré todos los cierres. Saqué mi bloc de hojas y escribí:

Aquí hay gato encerrado, o algo peor. La hipótesis sobre la locura de la tía ya no se sostiene. O por lo menos no alcanza.

Apagué la vela y me dormí. Estaba exhausta.

Día 2

Al día siguiente me despertó la voz de Marito (creo que a esta altura ya podía decirle así). Entró hasta donde estaba la carpa con el termo, el mate y unos bizcochos.

Además, en su mochila de *scout* traía una caja de herramientas.

Me senté en el piso para tomar los mates que Marito me cebaba, amargos y calientes, pero bué...

Miré la galería. Un poco me acordaba de ese lugar, cuando íbamos a visitar a la tía Dorotea. La volví a ver en mi memoria. Era grande, muy grande, como una cancha de fútbol, y siempre estaba lustrada. Unos macetones con geranios rojos se apostaban en las esquinas...

Miré los pedazos de maceta y me miré las uñas, cortitas, al ras del dedo. Y pensé en las horas que había pasado en ese lugar deshojando flores y pegándome

con jabón los pétalos. Y en la tía Dorotea, que siempre le decía a mi mamá: “Dejala, es una chica coqueta, como la tía”.

¡Si me viera ahora! Despeinada, con la ropa arrugada, con la bolsa de dormir pegada a la cara y ¡las manos...!, manchadas con savia pegajosa y tierra. Una verdadera mugre.

Mis manos de manicura estaban en el mismo lugar que los geranios: el olvido.

Ahora, esa galería no era tan grande. Parecía una cueva, rodeada de enredaderas y plantas locas. Miré a Marito y estuve a punto de preguntarle sobre la mala fama de la casa. Pero no pude. Mi compañero se levantó enérgicamente y puso manos a la obra.

Segunda etapa: conquista del interior

El primer obstáculo por vencer fue la entrada. En el manojo había por lo menos diez llaves. Quisimos empezar por los candados pero no pudimos, porque no abrían. Estaban tan rojos de herrumbre, que se nos desgranaban entre los dedos. Ahí nomás, Marito abrió su caja de lata llena de herramientas, perfectamente ordenadas por tamaño y color. Sacó cuidadosamente una sierra pequeñita y empezó a cortar la cadena. Mientras tanto, yo probaba las llaves en cada cerradura. Cuando saltó el primer pestillo, festejamos con

unos mates. Al rato teníamos la puerta abierta... supuestamente, porque todavía no nos animábamos a girar el picaporte.

—¡Las veces que tuve ganas de hacer esto! —dijo Marito—. ¡De chico que miro la casa y me quiero meter...!

—Bueno —le dije—, esta es tu oportunidad.

Me miró burlonamente, como si me refregara el miedo por la cara, pero no me importó: yo sabía que él también tenía lagartijas en la panza.

El picaporte giró con dificultad. Tendría que acordarme de aceitarlo.

Me pareció que abrir esa puerta era un poco como abrir la caja de Pandora. Correr un velo de misterio... y de peligros. Sacar afuera cosas con las que tal vez no sabría después qué hacer.

La curiosidad me carcomía. Yo era Pandora. Abrimos despacito. No apareció ningún monstruo, por el momento.

Nos miramos sin hablar, para darnos fuerza. Antes de entrar, tuvimos que despejar las cortinas de telarañas. Estaba oscuro. Sentí un olor a encierro que en el fondo, allá en las últimas partículas olfativas, percibí como familiar. Me di cuenta de que esa ya era *mi* casa, y me recibía a mí, su dueña.

Levanté la vista por unos segundos y me estremecí bajo la mirada de alguien. Era Marito, desde el espejo grande que colgaba sobre la pared del frente. Cuando

mis pupilas se acomodaron a la penumbra, vi el sillón de terciopelo azul y el cuadro...

Entonces, salté esos metros de distancia y me tiré encima del sillón. Di un grito de felicidad, en medio de la nube de polvo que me envolvió.

Y comenzó el *show* de las persianas. Hicimos entrar luz a raudales, la casa se desbordó de sol y de aire. Algunas plantas las bloqueaban, pero las empujamos, despejando sombras y abriendo cielo.

Estaba la mesa de cedro (¡tenía tapitas y rollos de piolín en el cajón!), el pasillo largo con las estufas a querosén, las dos habitaciones con sus camas, placares empotrados, roperos llenos. También un baño enorme con bañera.

Marito miraba todo como si hubiera entrado a una pirámide egipcia abierta luego de milenios.

—Pensé que todo se iba a desintegrar cuando le diera la luz — me dijo.

Lo miré con ganas de que se fuera; quería disfrutar de mi casa, de mis recuerdos, de mis ganas de recorrerla veinte veces, sola.

Se dio cuenta y anunció que ya se iba. Antes, me dijo:

—Vuelvo a la tarde y te traigo un sol de noche. No debe funcionar ninguno de los foquitos. Pero después vas a tener que llamar a Ernesto, el electricista de acá a la vuelta.

¡Qué practicidad, este Marito! Ni se me hubiera ocurrido pensar en esas cosas. Sabía que don Iturriaga

tendría que haberse encargado de que todo estuviera en orden... ¿Habría gas? Me quería dar un baño.

Me fui a la cocina. Miré la otra puerta, con todas las cerraduras. Espié por el vidrio y vi la casilla para las garrafas de gas en el lavadero... Bueno, lo que alguna vez había sido el lavadero, que ahora estaba convertido en otro desborde vegetal. Por el momento, decidí dejarla cerrada.

Abrí la canilla. Estaba completamente muda. Busqué la llave de paso, la encontré a un costado y la moví. Un solo de quena salió por el pico de la canilla, armónico, herrumbrado... y seco.

¿En qué lugar estaría la llave principal? Me acordé de que suelen ser redondas como el timón de un barco y acostumbran estar afuera.

Salí a la galería del frente, y nada.

Necesitaba encontrarla. Machete en mano, arremetí contra el yuyaje que crecía pegado a la pared. Me deslicé hacia adelante como por un túnel.

La encontré en la esquina final, casi contra la medianera, detrás de una puertita de hierro. Desenrosqué con suavidad, dando tiempo al reencuentro circular entre la canilla y su rosca.

Salí de la jungla y me metí en la cocina justo a tiempo para escuchar las toses de los caños por toda la casa, hasta que por fin el pico escupió un chorro rojo y viejo.

Tuve suerte, me dijo Marito después: él hubiera asegurado que las cañerías estaban todas tapadas.

Después de un rato, el fondo de la pileta se cubrió de un mar transparente.

Pero... no solo con agua se limpia semejante antigüedad de polvo. En el almacén de enfrente, don Baldacci, un gordo bigotudo, me vendió unos bidones llenos de productos olorosos y que hacían espuma (me aseguró). Aproveché y compré más cosas, qué sé yo...: galletitas, alfajores, dulce de leche y otros elementos indispensables para la supervivencia.

Y empezó el *show* del agua. Baldes de latón y olas de burbujas. La casa estaba tomando forma. El escobillón raspó paredes y techos, desmontando del cielo raso una verdadera obra de ingeniería textil realizada por las arañas.

Bailé el carnavalito sobre los colchones, hasta que dejó de salir por completo el polvo de diez años. Plumeré con energía bélica todos los muebles con sus adornos y adornitos. Saqué una montaña de tierra, toda recolectada a escobillón y pala.

Entonces, con más tranquilidad, abrí un ropero. La prolijidad de la tía Dorotea era ejemplar: había bolsas apiladas llenas de sábanas y toallas (todas bordadas a mano), pañuelos, una caja con jabones de ¡diez años atrás! Hacia un costado, una cabeza de telgopor, parada sobre un pie de madera torneado, sostenía una peluca. No pude dominar el impulso y me la probé. Me miré en el espejo del baño. Quedaba bastante parecida a la tía Dorotea. Comparé mi imagen con una foto, y sí,

éramos. De todos modos, esperaba no tener que usar nunca semejante accesorio: era la cosa más incómoda.

Miré la bañera al fondo del baño y me antojé. La llené. Entibié el agua calentando una olla sobre un fueguito improvisado en la galería. Me metí y sentí todo mi cuerpo blando, estaba bien. Era una sensación de libertad indescriptible. Respiré profundamente y miré para arriba. Justo encima de la bañera, el techo se quebraba y subía bruscamente sobre el rectángulo. Como la torre de un castillo. Por una banderola en el vértice, el sol entraba naranja y de costado. Me quedé un buen rato. Cuando tuve todas las manos arrugadas salí, me puse la toalla y vi algo en el piso. Algo que esquivó a mi pie, un algo gordito... Y apareció Stravinsky.

Así le puse a mi sapo.

Era mío, porque todo lo que estaba allí era mío.

Stravinsky era bastante feo y malhumorado. Croaba mirándome fijo, como para echarme. Porque él vivía allí desde hacía tiempo, se ve.

Tenía todo el derecho a quedarse en ese lugar que le había costado tanto conquistar, bien lo imaginaba yo. Debió de haber entrado por la cañería y salido al baño por el resumidero. Muy chiquito tuvo que haber sido para pasar por esos agujeros.

Sin duda, había pagado derecho de piso por ese hogar detrás del inodoro.

Le puse "Stravinsky" por lo afinado. Nunca antes había escuchado a un sapo con tan armonioso croar.

Bueno, Stravinsky, escondete otra vez en tu rincón, que está por venir Marito y parece demasiado práctico para entender tu presencia.

Apenas me vestí, escuché un golpe en la puerta. Mi querido vecino, parado en el umbral, cargaba dos garrafas, una con sol de noche y la otra con un quemador. ¡Es verdad!, algún día tendría que cocinar. Por el momento, nos conformamos con unos sándwiches.

Marito elogió mi trabajo. La casa estaba mucho mejor, y con el correr de los días iría acostumbrándose al mundo nuevamente.

La misión "conquista" marchaba exitosamente.

Con la noche, una procesión de insectos intentó entrar por las ventanas. Cerramos todos los vidrios. Mi nuevo amigo se despidió y eché llave a la puerta. La jungla escondía sonidos que se me enroscaban en el cuerpo, y quise mantenerlos lejos.

Durante la cena, Mario me había aclarado la cuestión de la mala fama: según los vecinos, la casa guardaba un misterio.

Saqué mi papel y anoté:

Cosas que incluyen misterio:

1. *Un asesinato.*
2. *Una maldición.*
3. *Un tesoro enterrado* (mi favorita).

Al día siguiente pensaría en las opciones con mayor detenimiento. Es más: podría anotar cuidadosamente todas las evidencias, para evitar sorpresas desagradables.

Saludé a Stravinsky, que se acurrucó sobre la loza, y me acosté.

La cama era cómoda, pero no podía dormirme. Había algo dando vueltas por el ambiente. Sentía una compañía extraña. Empecé a pensar en la tía Dorotea. ¿Y si su espíritu estaba conmigo? Sentí escalofríos. ¿Y si esa era su cama? ¿Y si se acostaba a mi lado? Me levanté, encendí el sol de noche y vi que todo estaba en su lugar.

Es mi imaginación que me pone zancadillas, pensé, me duermo, me duermo, apago (apagué) y me dormí.

Soñé con la tía Dorotea envuelta en una mortaja transparente, atravesando paredes y acariciando gatos negros.

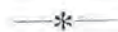
Día 3

Hoy la casa está radiante, Stravinsky... Mirá los manojos verdes por la ventana...

Pero, ¿sabés qué? Hay que desenredar un poco esa maraña despeinada. Porque la tía Dorotea me dijo bien clarito, en la carta, que quería pensamientos en los canteros del frente. Y no queremos que se inquiete, ¿no? Por las dudas...

Creo que antes de empezar a trabajar deberíamos tener una idea clara del estado de las cosas. Voy a hacer un relevamiento del terreno...

Después de una exploración exhaustiva, volví con el reporte. Stravinsky escuchó sin inmutarse, por lo que deduje que coincidía con mis observaciones.



Informe del estado de los territorios adyacentes a la casa de la tía Dorotea

Zona Este (el frente)

Vi unos cuantos árboles, enredaderas y arbustos. Me crucé con tres lagartijas, una oruga y varias langostas. Hay hormigas y mosquitos como para hacer dulce (¡te gustaría, eh!). Pero me llevé una increíble sorpresa: hay dos grandes matas de margaritas. ¿Serán recontratataranietas de las que plantaba Dorotea?

Zona Norte (al costado)

Selva intrincada. Se divisan criaturas exóticas (sospecho que los ruidos que nos asustan tanto de noche provienen de estos lados). Por las dudas, no entré. Al fondo, un bananero prodigioso oculta un loro: lo vi de lejos y lo escuché. Dejé unas hojas de lechuga y zanahoria. ¿Comerán eso?

Zona Oeste (del lavadero para atrás)

Región peligrosa, oscura y húmeda. Parece ser tierra de esteros y pantanos. Hay que caminar con muchísimo cuidado, puede haber arenas movedizas (aunque a vos esos lugares chanchos te encantan: mirate, si no, atrás del inodoro). Sospechas de un caño roto.



Bueno, Stravinsky, espero que te haya quedado claro el panorama.

En verdad, quedaba mucho trabajo por hacer. En el lavadero encontré pala, pico, rastrillo y una manguera que no debía servir.

Comencé por la galería. Como si fuera un trabajo de arqueología. Con la paciencia de un relojero, ir quitando las capas del tiempo sobre las cosas, para poder verlas, para descubrirlas.

Con la pala, saqué las montañas de tierra y pasto que habían comenzado a invadir la galería. Después, baldazos de agua y escoba removieron lo que quedaba, hasta que apareció el piso rojo. En eso estaba cuando llegó Ernesto.

Apenas lo vi, me di cuenta de quién era. Venía con un mameluco azul y manchado, como corresponde. En sus manos llenas de nudos traía una enorme valija de cuero gastado. Ernesto tenía como cincuenta años y conocía a todos los vecinos del barrio. Primero me dijo que Marito lo había mandado, y después me contó que no era la primera vez que venía a trabajar a la casa.

Mientras sacaba cables, cambiaba fusibles y enrocaba foquitos nuevos, soltaba cataratas de palabras.

Dijo que la tía Dorotea siempre había tenido muchos problemas. Parece que en el último tiempo los desperfectos se repetían a cada rato. A lo mejor, había que hacer toda la instalación nueva, porque esa que estaba la había hecho su padre, allá por el año cuarenta.

Pero, aunque no quería ser indiscreto, a él le parecía que muchas cosas que pasaban en esa casa no tenían explicación, y por más cable nuevo que se pusiera...

Alí cambió de tema. Traté de sacarle más, pero no hubo caso. Después me habló de los vecinos. De un lado vivía una chica con sus tres hijos. Nueva en el barrio. Un poco diferente. Se llamaba Eugenia, era arquitecta, y ese parecía ser el problema: no era trabajo para una mujer (pensé que me gustaría conocer a Eugenia). El señor del otro lado, don Pedro, ese sí que era un tipo muy raro, no hablaba con nadie. Y estaban la señora Juana y don Romero, macanudos los dos. Todos los jueves, él y los demás "muchachos" se juntaban en lo de Baldacci para jugar al truco. Día sagrado. ¿Romero? Por supuesto que iba.

Y así, describió a cada vecino de la cuadra. Hasta que enroscó la última lamparita. Cuando le tocaba a la casa de la esquina, en la que yo tenía un interés especial, cerró la boca: ni una palabra acerca de Marito, ni de con quién vivía. Nada.

Después, me pidió las llaves para abrir la puerta de la cocina que daba al lavadero. Por suerte, había separado del manojito las que ya habíamos usado en la puerta del frente. Renegó un rato y abrió. Afuera, revisó la conexión del gas, mientras hablaba del clima: que era increíble la humedad de los últimos tiempos, esas lluvias molestas, el efecto invernadero y no sé cuántas cosas más. Finalmente, me dijo que me iba a mandar al señor que cambiaba las garrafas. Que esperara

una camioneta roja y dejara, con toda confianza, que don Nicolás hiciera el cambio, que era muy buena gente y no me iba a cobrar demasiado.

Volvió a meter todo en el valijón y se fue diciendo que ante cualquier cosa lo llamara, que ningún problema. Su casa era la de rejas negras, justo a la vuelta.

Don Nicolás llegó enseguida, tocó bocina y entró con la enorme garrafa. La puso en la casilla, revisó y abrió la llave. Don Nicolás era muy distinto de Ernesto. No hablaba, sólo hacía un ruido, algo así como "jem". Más o menos este fue nuestro diálogo:

—¿Usted es el señor del gas?

—Jem.

—¿Lo mandó don Ernesto?

—Jem.

—¿Usted conoció a la tía Dorotea?

—Jem.

Al final, me dirigió una palabra para decirme cuánto era. Yo ya me había dado por vencida: a este señor no podría sacarle una frase completa. En realidad, ya me estaba acostumbrando a hablar sola o con mi sapo, así que...

Cuando se fue, prendí todas las luces de la casa y puse música. Después cociné una olla de arroz a la valenciana, por si Marito se aparecía. Corté la cebolla finita, la puse al fuego sobre la cocina viejísima. Seguramente era de la época de mis bisabuelos; tenía dos hornallas y un horno pequeño y se paraba sobre cuatro patas.

Lo esperaba a Marito porque tenía ganas de hablar con alguien, pero no vino. Comí mientras charlaba con Stravinsky, que escuchaba atento desde el baño, y me fui a la cama.

Esta vez me dormí enseguida.

A la medianoche, un ruido muy extraño me despertó. Era como un quejido lejano, y parecía venir del living. Un frío me corrió por la espalda. Estaba casi segura de que era el espíritu de la tía Dorotea. Cerré la puerta de mi habitación y traté de seguir durmiendo. En algún momento logré conciliar el sueño de nuevo.

Día 4

Allí estaba, instalada en mi nuevo hogar, con un sapo como compañero, un amigo que ya no venía a visitarme y un misterio escalofriante por resolver. Pero no me iba a entregar a la nostalgia.

Decía mi abuelo que con el trabajo se olvidan las penas, así que puse manos a la obra. Con la pala y el pico logré sacar la mayoría de las plantas que se amontonaban contra la verja.

Cuando pude despejar un metro, dejé la tierra preparada, me fui al vivero y compré un montón de pensamientos que planté en una hilera perfecta, justo al frente de la casa. Ya estaba. La tía no se podría quejar: cumplí con su deseo. Eso sí, dejé la mata de margaritas asomarse por un costado. Me parecía recordar que era así como tenía Dorotea la casa, en sus buenos tiempos.

Marito no volvió a visitarme. Esto del secreto era terrible, no poder hablar con nadie, eran demasiadas cosas para masticar sola. Extrañaba bastante a mis amigos.

Stravinsky resultaba una buena compañía en estas circunstancias. Escuchaba callado, no interrumpía y miraba con esos ojotes que daban verdadera impresión de entendimiento. Menos mal que tenía a mi sapo.

Me lavé las manos y me senté en la mesa del comedor. Era un lugar que me daba un poco de miedo. Los ruidos de la noche parecían salir de allí. Miré el cuadro y me tranquilicé. Si la tía Dorotea me había elegido para dejarme su casa, seguramente no quería hacerme daño. Desplegué mi bloc y taché de la lista las cosas que incluían un misterio: un tesoro enterrado, aunque me hubiera gustado, no podía ser; una maldición y un crimen... parecían poco probables.

En realidad, cada vez estaba más convencida de la presencia de la tía Dorotea. ¿Cómo había olvidado anotar la más antigua y típica causa de un misterio? ¡UN FANTASMA!

Todas las evidencias apuntaban en esa dirección. Casi todos los fenómenos ocurrían de noche. Pero, ¿qué quería el fantasma de la tía Dorotea? ¿Por qué me había mandado la carta? ¿Esperaba algo de mí?

Anoté estas preguntas y levanté la vista de la hoja, como para dejar entrar las respuestas por algún lado. Mi mirada recorrió el salón. Parecía un museo de reli-

quias familiares. No era extraño que el fantasma de la tía Dorotea hubiera elegido ese lugar. Además del cuadro, había un montón de objetos que pertenecían a la familia desde hacía un siglo, por lo menos. Habían venido con mis bisabuelos desde Zurich. Me detuve en una foto color sepia dentro de un marco ovalado. Era el retrato del bisabuelo Federico, con sus bigotes blancos; estaba parado detrás de la bisabuela Lina. Yo no los conocí, y mi abuelo hablaba muy poco de ellos. En realidad, hablaba muy poco de todo. Había adoptado este país. Desde muy joven se fue a trabajar al campo como administrador de estancias. Oscar Tobler, un suizote que vistió toda su vida con bombachas de gaucho. Sabía jugar a la taba y le encantaba el asado. No le importó nunca el pasado glorioso de la familia ni las tradiciones alpinas. Era un gaucho de las pampas, y le cantaba al ombú.

Pero la tía Dorotea no. Para ella, las cosas fueron diferentes. Cuidó esa casa como el último bastión de la herencia Tobler. Por ese lado sí podía entender su carta y su preocupación por dejar la casa en mis manos. La tía respetó las tradiciones a rajatabla, y podría asegurar que fue a la Iglesia Metodista Episcopal hasta el último de sus días.

En medio de la pared había un plato de madera con la bandera de la Confederación Helvética. Y sobre el modular, en un lugar de privilegio, estaba el reloj, ese que mi bisabuelo había traído de Zurich. Llegó con él

en el mismo barco, y también se quedó aquí definitivamente. Yo siempre lo había mirado con un interés especial. Era como una caja de madera con curvas y redondeces. Bonito, sobrio. Los números romanos, de bronce, igual que las agujas. Me acordé de que alguna vez, cuando era muy chica, había descubierto que por el lado de atrás tenía una puerta. Parecía una casa de muñecas. Me acerqué cuidadosamente, lo di vuelta y lo abrí. Algo que siempre había querido hacer.

Un aire frío salió desde adentro, una ráfaga veloz. Se me puso la piel de gallina. Lo cerré de golpe. Pensé que ahí debía estar Dorotea.

Junté coraje y la llamé con un susurro:

—Doorooteeeaaa...

Esperé un rato, pero nada. Volví a abrir la puerta del reloj. Ningún viento, ningún soplo espectral. Vi el mecanismo, me fascinó el acceso inmediato a la magia. Todas las piezas de bronce tenían una simpleza perfecta, despojada. Ocupaban tan poco lugar... Hubiera sido excelente para jugar a las muñecas. Hacia un costado de la caja había una extraña llavecita. Me di cuenta de que entraba exactamente en un hueco. Era para dar cuerda. Con un sentimiento de triunfo, lo puse en hora y escuché las campanadas. El sonido era ancestral, limpio, sin estridencias.

Me pareció que el corazón de la casa había empezado a latir nuevamente, con un pulso viejo y nuevo. La casa había despertado de su letargo de diez años. Ese

debía ser el plan de tía Dorotea. Ahora ya podría descansar en paz, yo me ocuparía de todo.

Terminé ese día con tranquilidad, no tenía miedo. Sin embargo, por la noche el espectro de la tía volvió a despertar. Por lo menos, eso fue lo que pensé cuando me levanté para ir al baño y vi una vela flotando por el pasillo.

—¡Tía Dorotea! —grité.

La vela cayó al piso y un alarido desgarró la noche. El eco terminó en el living, como siempre.

Estaba bastante enojada con la tía: ¡hacerme esto! había puesto todo mi empeño en cumplir su voluntad, y ella, empecinada en darme esos sustos de espanto. ¿Qué quería? ¿Divertirse a costa mía?

—¡O me dejás de molestar, o me mando mudar acá y te quedás sola como un hongo hasta que la casa se te venga abajo! ¿Me entendiste? —y cerré, dando un portazo.

Día 6

Tempranísimo, como el sol, llegó Marito. No tuve tiempo de preguntar por qué no había venido antes. Me dijo que cargara agua en el termo, preparara el mate y me abrigara. Cerramos la casa con tres llaves. Era la primera vez que salía desde mi llegada. Que salía de verdad.

Respiré el aire frío de la mañana y caminé por el barrio. Los árboles tenían las hojas doradas y el cielo se alumbraba de a poquito. Ni me interesaba adónde me llevaba Marito.

“Ya vas a ver”, me había dicho.

Caminamos por un pasaje de tierra que partía en dos el corazón de una cuadra. Fuimos juntando palitos y ramas, hasta que desembocamos en una avenida. Entonces, Marito se fue hasta un quiosco azul lleno de diarios y revistas apilados y expuestos uno al lado del otro. Saludó a un señor que tenía las botamangas del pantalón

sujetas con broches. Intercambiaron unas frases breves y expeditivas. Mi amigo me presentó como “la chica que te conté, la nueva vecina de la casa de los Tobler”. El hombre, que resultó ser el papá de Marito, me saludó con amabilidad y se excusó diciendo que tenía que hacer el reparto, que no faltaría ocasión para otro encuentro, mates de por medio. Vimos cómo cargó unos cuantos diarios en una bici y salió. Entonces, Mario sacó un par de sillitas desplegadas. A un costado hicimos una fogata con la leña que habíamos juntado. El calor nos subió por las manos. Sentí el olor del humo, era interesante, como de maderas aromáticas. Marito se rió: “El único aroma que pueden tener esos palitos es a pis de perro”. No me importó. El fuego crujía con un encanto nuevo.

Más tarde paró una camioneta y un muchacho bajó una pila de diarios de la capital. Marito los puso en una pequeña repisa, debajo de los otros estantes.

Después, nos paramos sobre el cordón de la vereda extendiendo el brazo con el diario; a veces gritábamos: “¡La Voz! ¡La Voz!”. Estuvimos riéndonos del viento que arrugaba todo, y nos sentamos en las sillas a tomar mate al lado del fuego. De vez en cuando, un auto se detenía y Marito llevaba el diario corriendo, se ponía las monedas en el bolsillo y volvía. Leíamos uno, empezando por el horóscopo. Al mediodía, comimos unos sándwiches de milanesa hechos por Amanda, la mamá de Marito.

Pasaron otras cosas. Pequeñas cosas sin importancia. De esas que quedan prendidas en los pensamientos, dando vueltas como moscas. Cosas que me hicieron sentir del barrio.

Una señora que pasaba con la bolsa de hacer las compras me abrazó y me dijo lloriqueando:

—Mirá vos, sobrina nieta de Dorotea, tantos quién diría...

Un señor me miró y dijo:

—Una Tobler... con mirarte nomás. ¿No estarás en la casa...?

Y con Marito nos pasamos toda la siesta entibiándonos al sol, leyendo historietas y charlando. En un momento, casi le cuento lo del fantasma. Pero me acordé de que era un secreto y me callé. No quería imaginarme las consecuencias de un enojo de la tía Dorotea.

Volvimos a casa por la tarde. Me quedé con el calorcito de la fogata en el corazón.

¿Cómo te explico, Stravinsky? Hoy fue un día diferente. Tendrías que salir de vez en cuando, no sabés lo que te perdés. Podés hacer una pequeña visita a tus parientes de la canilla del patio. Pero no te vayas a entusiasmar, te estoy hablando de una visita temporal, nada permanente. Mirá que sos mi compañero en esta aventura misteriosa. Mirá que la casa es de los dos, así que el fantasma también. ¿Vos la viste alguna vez a la tía Dorotea? ¿Qué pensás? ¿Será así siempre, transparente, o a veces se la podrá ver? Me imagino que eso de la sábana

blanca es cosa de los dibujos animados... No me saldrá con esa burrada, porque no le voy a tener ningún respeto. Ya que es un espectro, quiero pensar que tendrá recursos más dignos.

¡Mirá, Stravinsky! ¡El loro se está asomando por la ventana! ¿Tendrá hambre? Vamos a abrirle... Pobre, está todo apachurrado. Creo que le gustaron las zanahorias y la lechuga... Vamos a traerle un poco. Viene bien tener más compañía, viejo, así no nos sentimos tan desprotegidos cuando pasan cosas raras...

¿Cómo lo vamos a llamar? Porque si vive acá, con nosotros, vamos a tener que ponerle un nombre. A ver... ¿qué te parece "Greenaway"? Suena importante, creo que es el nombre de un director de cine... Si no, se va a poner celoso cuando sepa tu nombre ilustre. Imaginate si le ponemos "Pancho", va a pensar que lo queremos menos. Además, "*green*" es "verde" en inglés, ¿no? Miralo, justito para él.

Bienvenido, Greenaway, bienvenido.

Día 10

Afuera estaba fresco. La casa me parecía más grande y deshabitada. Necesitaba hablar con alguien que me contestara, alguien que me hiciera sentir acompañada. Puse la pava para hacer un café. Negro y fuerte, para calentarme por dentro. Y se me ocurrió que era un día especial para comer algo rico, hacerme algunos mimos.

La tía Dorotea solía hacer unos postres suizos que me encantaban. Seguro que tendría un recetario guardado por algún lugar.

En el cajón de la mesa de la cocina había visto una libreta. Busqué entre los ovillos de piolín y las tapitas. La encontré. En la portada decía "Recetas". ¡Perfecto!

Abrí, dispuesta a elegir, pero no entendí ni una palabra. Me di cuenta de que estaban escritas en alemán. ¡Qué vieja fanática! ¿Por qué esa manía conservadora?

Como si el gusto de la comida tuviera algo que ver con el idioma. Estoy segura de que pensaba que una manzana no tenía el mismo sabor que una *Apfel*. ¡Si son exactamente la misma cosa!

Ahora, yo tenía unas ganas tremendas de comerme una torta y no había forma de hacerla... A menos que alguien entendiera alemán... Ni Stravinsky ni Greenaway, claro... ¿Quién más en la casa me podría ayudar? En ese momento se me ocurrió. Una idea temeraria iluminó la tarde bastante gris. ¡La tía Dorotea! Ninguna otra persona podría hacerlo mejor. Ella misma las había escrito, con su letra cursiva parejita; y, por otra parte, había hecho esos postres miles de veces.

Me dispuse a llamarla. La única cuestión por resolver era la manera de comunicarme. Pero eso se definiría sobre la marcha, pensé.

Abrí la puerta del living. Estaba más fresco que el resto de la casa. Me acerqué al reloj suizo y dije:

—Tía Dorotea, necesito que me ayudes.

Nada. El tictac del reloj retumbando contra el techo.

—Sé perfectamente que me estás escuchando, ¡salí!

—dije en voz un poco más alta.

Ni viento, ni soplo.

—Títa querida, por favor, ¿me podés ayudar?

Esperé un rato, con la mirada fija en el reloj.

—Mirá, tía Dorotea: me parece bien lo del secreto, pero, ¿por qué entre nosotras? Somos grandes y nos conocemos. Ya pisaste el palito varias veces. Ya me di

cuenta de que *estás*, y también de *cómo*... Digamos, de una manera... poco consistente, para ser sutiles...

Hice una nueva pausa.

—¡No seas hipócrita! ¡Ya sé que estás escondida en ese reloj! ¡Ayúdame!! grité repentinamente, de manera bastante poco diplomática.

Me arrepentí enseguida. ¿Qué tal si los fantasmas también tenían miedo de las personas? ¿Y si le daba vergüenza o timidez salir a plena luz del día?

Hice un último intento.

—¿Te diste cuenta, títa, de que hoy es un día verdaderamente helvético? Está fresquito... ideal para prender un lindo fuego y hacer un exquisito... *Rote Grütze* —deletreé con dificultad el título de una de las páginas de la libreta.

Las agujas del reloj giraron unas vueltas, y el soplo circuló por toda la habitación. ¡Había resultado! La tía daba muestras de presencia. Así que continué.

—Y como no sé hablar en alemán, alguien va a tener que ayudarme a leer estas riquísimas recetas... Mirá vos, qué horrible descuido lo del idioma... Pero decime: ¿cómo iba a saber la importancia de hablarlo, si ni siquiera me podía imaginar que ibas a regalarme esta casa? Mucho menos, que tendría que retomar toda la tradición alpina. Fijate que, de todos modos, la cocina suiza me encanta. Así que vas a tener que perdonarme estas debilidades en el carácter. Pequeñas manchitas de ignorancia en un espíritu torneado por

el rigor helvético. Porque soy Tobler desde la punta del pelo hasta la punta del pie.

Un remolino me arrebató la libreta de las manos. ¿Me quería ayudar?

—Tía, hay un pequeño detalle. ¿No habrá alguna forma de comunicarnos un poco más... fluidamente?

No contestó. Por ahora, parecía que no.

La libreta con las recetas flotó en dirección a la puerta. Así que deduje que estaba dispuesta a ayudarme.

Una vez en la cocina, me acerqué al recetario suspendido en el aire, lo tomé con suavidad (nada opusó resistencia) y volví a leer en voz alta:

—*Rote Grütze*.

En ese instante, vi cómo la cuchara de madera venía en dirección a mi cabeza. Cerré los ojos, no tenía tiempo de esquivarla. Se detuvo en seco a unos milímetros de mi cara, para posarse suavemente sobre mis labios. Me relajé. La tía me estaba haciendo una seña de silencio. Claro, se debe haber espantado con mi pronunciación.

—Está bien —le dije—, enseñame cómo decirlo.

La cuchara se elevó por el aire y se posó sobre unos dibujos de frutillas y grosellas estampadas sobre un tarro. Señaló una y otra vez.

—Está bien, ya entiendo, no podés hablar. ¿Vamos a hacer una especie de “dígalo con mímica”?

La cuchara se movió afirmativamente.

—Lo que me querés decir es que ese *rote Grütze*... se hace con frutillas, o algo así.



La cuchara volvió a afirmar.

—Y esas son frutas que no tenemos...

Otro "sí".

—¡Entonces, busquemos otro postre! —dije, entusiasmadísima con la "charla".

Las hojas pasaron rápidamente bajo los dedos invisibles de tía Dorotea. La libreta se detuvo en una página y se puso delante de mis ojos.

—¡Pero esto es imposible de decir!... Espero que hacerlo sea más fácil que leerlo —dije—. *Z-w e-t-s-c-h-e-n-k-u-c-h-e-n* —intenté leer letra por letra.

Miré toda la palabra: *Zwetschenkuchen*.

—Tía Dorotea —dije—, no estoy dispuesta a comer una cosa que tenga semejante nombre. Seguro que me indigesto, con esa cantidad de consonantes juntas...

La libreta volvió a correr las hojas y me mostró:

—*Frankfurter Kranz* —dije con bastante más seguridad—. Bueno, esta me parece razonable.

Mostré con el dedo la primera palabra de una lista. Entonces, la heladera se abrió y un paquete de mantequilla flotó hacia mí.

—¿Este es el ingrediente que dice acá?

La cuchara de madera contestó que sí.

Esto me estaba gustando. Hasta me había encariñado con el fantasma. Después de todo, éramos de la familia. Mientras mi dedo bajaba siguiendo el orden de la lista, los ingredientes (alimentos indispensables de los que me había provisto en mis sucesivas incursiones por el

almacén de Baldacci) salían de sus refugios para hacer una fila delante de mí. Sobre la mesa, claro.

Entonces, señalé el párrafo que continuaba y la tía Dorotea volvió al ataque. Se trajo varios utensilios más, en unos vuelos torpes y dubitativos, lo cual me extrañó. Pero bueno, tantos años de inactividad, pobre tía, refugiada en esa caja de madera, sola y abandonada. Estaba realmente fuera de estado. Golpeó con el filo de la cuchara un huevo, que cayó en una olla de latón. Herido en su corazón amarillo y con restos de cáscara, el pobre huevo fue sometido a unos golpes frenéticos de la cuchara de madera.

—¡Esperá! —grité, intentando salvarlo de su destino en la basura—. ¿Ahí dice que hay que batir huevos?

La cuchara hizo el gesto afirmativo, salpicándome con restos de clara.

Fui hasta el aparador, saqué un bols y una batidora manual y le dije:

—¿Te acordás, tía? Se hacía así.

Me resultaba bastante raro estar dándole clases de repostería a la tía Dorotea, la más experta cocinera que yo había conocido. La que endulzó mi niñez, la culpable de mi debilidad por los postres.

De todas maneras, aquella tarde logramos un entendimiento nuevo. Con una sincronización digna de destacar, la tía ofició de ayudante de cocina. Yo señalaba en la libreta y ella me pasaba la taza de azúcar, las nueces, la crema. Y resultó emocionante poner el molde en

el horno. Si la hubiera podido ver, le daba un abrazo, a la tía.

No sé en qué momento se volvió para su refugio dentro del reloj. ¡Y claro! Debía estar agotada la pobre, con semejante trabajo después de tanto tiempo.

El aroma de la torta recién horneada llenó la casa. Marito llegó justo en el momento de sacarla del horno. Si lo hubiera planeado, no me habría salido mejor.

Pusimos un mantel bordado y saqué un juego de té de porcelana. Un ambiente perfecto. Una postal de principios de siglo, salvo por nuestra ropa. Me encantó ese regalo, y se lo agradecí a la tía con un murmullo disimulado cuando saqué la bandeja de plata del mueble del reloj.

La *frankfurter Kranz* era una torta riquísima y duró como tres tazas de té, suficiente para una charla sostenida como de cuatro horas. Cuando la noche cayó del todo, decidimos dar por terminada la merienda, que a esa hora ya podía ser cena.

¡Aaah, muchachos! Mis queridos compañeros, hoy ha sido una tarde más que agradable. A vos, Greenaway, ¿te gustará la *frankfurter Kranz*? Mirá... parece que sí. A vos, Stravinsky, ni te la muestro: ya sé que tenés gustos carnívoros: exclusivamente mosquitos y arañas. Les tengo que confesar que la tía Dorotea parece ser un fantasma bastante piola. ¿Pueden creer que cocinamos juntas? Bueno, es una manera de decir... Hay que reconocer que la pobre hizo su aporte, a pesar de sus

problemitas de olvido. ¿Será que la pérdida de memoria sigue avanzando con la edad, después de... ya saben? ¡No se imaginan la torpeza que mostró para batir unos huevos! Espero que no me escuche, a ver si se ofende y terminamos con esta excelente relación... mejor cambiemos de tema. ¿A que no adivinan quién vino después? Sííí, adivinaron: Marito. Tomamos el té y me contó unas cosas... Estudia en la universidad. ¿A que no se imaginan qué? Les voy a dar unas pistas: parece que el chico quiere seguir la línea del negocio familiar, pero... cambiando el ángulo de la información, como dicen por ahí. ¿Adivinan? Sí, estudia periodismo.

Imaginen que, con tanto tiempo metido entre diarios y revistas..., vamos a ser sinceros, ¡es un chico informado! Me contó que trabaja en el quiosco desde los diez años, y no ha dejado de leer los diarios ni un solo día. La verdad, ¡me impresionó!

Ya sé que a ustedes también les cae bien mi amigo...

Ahora me voy a dormir. Chau, Stravinsky, Greenaway... Antes de apagar la luz, saludo a la tía, que estuvo macanuda, y de paso le recomiendo prudencia en sus paseos nocturnos.

Día 14

Conocí a la vecina y me cayó muy bien.

Me levanté temprano, salí a hacer unas compras y cuando volvía la vi. Estaba abriendo un portón improvisado, empujaba el alambrado hasta unos ganchos en un poste. Me acerqué y la saludé. Le conté que yo me había mudado hacía unos días a la casa de al lado.

—¡La casa de al lado! —dijo, sorprendida—. Me pareció que el jardín estaba cambiando, aunque los vecinos insisten en atribuir cualquier cosa que pase ahí a una presencia misteriosa.

¡Vaya con el secreto de la tía Dorotea!, pensé, lo sabe todo el barrio.

Eugenia tenía una casa preciosa, llena de cuadros, rincones con esculturas, cosas mexicanas (me contó que había vivido durante un tiempo en México) y tres chicos inquietos.

Nos tomamos unos mates, escuchamos buena música y me volví para casa. Desde ese día, nuestras visitas se hicieron frecuentes. La arquitectura parecía ser una profesión interesante. Veía a Eugenia pensar casas como quien arma rompecabezas.

De vez en cuando me quedaba con los chicos mientras ella se iba a una obra. Son muy divertidos. Jugábamos geniales partidos de fútbol. A veces incluíamos a Rufus, su gato, y a Frida, su perra peluda. Una vez, intentamos poner a Stravinsky en un arco, pero tenía un problemita de reacción (tan lento!).

Los días que venían a casa le dejaba bien claro a la tía Dorotea que tenía terminantemente prohibido hacer acto de presencia.

Además de ser una apasionada descubridora de objetos de arte, Eugenia era una gran lectora y tenía una biblioteca nutrida, de la que yo podía sacar lo que quisiera. Se lo agradecía enormemente. Los días se hacían largos y cada vez me pesaba más el aislamiento al que me veía confinada por el capricho de la tía Dorotea. Durante aquellas noches en compañía de Stravinsky y Greenaway, lo mejor que me podía pasar era tener un buen libro entre las manos.

Día 19

Hoy vino Mario... y me dejó triste. Me dijo que las cosas ya no eran como antes, que ahora yo prefería la compañía de "esa señora" y sus "niñitos molestos". ¡Niñitos molestos! Ni siquiera los conocía. Dijo que yo ya no tenía tiempo para charlar con él, que no le pedía ayuda... Todo, porque cuando llegó estaba sacando los yuyos del fondo con los chicos.

¿Qué te parece, Stravinsky? ¿Acaso vos te sentiste desplazado cuando vino Greenaway?

¿Eh?! No, no pongas esos ojitos de víctima, Stravinsky, que mi intención de ninguna manera fue darte una idea.

¡Estoy enojada, muy rabiosa, además de triste! ¡Qué ridículo! Un muchacho grande, hacer escenas de celos a estas alturas, ¡y a mí, que casi no cruzo la esquina!... Todo, por esa idea loca del secreto. La tía Dorotea es el

primer ejemplar de fantasma desquiciado que conozco. Una excentricidad de espectro, la vieja...

Pero lo peor del caso, Stravinsky, es que Marito dijo que no iba a volver. Y eso es lo que me entristece.

Día 20

¿Qué puedo hacer? Me levanté con esta mezcla de sentimientos aturdiéndome. Por más que intento pensar en otra cosa, vuelvo a lo mismo. Y dale, y dale... Marito y esa explosión que no entiendo. Sigo enojada y rabiosa. Me quiero sacar esa imagen de la cabeza. ¿Qué puedo hacer?

¡Pará, pajarraco loco! ¿Qué hacés revoloteando por ahí? Fijate la cantidad de tierra que desparramás por todas partes.. ¡Quedate quieto de una buena vez! ...A menos que esa sea tu idea... ¡Claro!

El loro me había dado una buena idea. Esa biblioteca -si es que se podía llamar así, cosa bastante dudosa- jamás había sido visitada por un plumero, por lo menos desde que yo vivía aquí. Parecía una especie de estante empotrado en las alturas. Le pedí a Eugenia una escalera y me subí. Era un trabajo que sin duda me distraería.

Tenía que hacer equilibrio en el escalón, sostener el plumero y limpiar sin caerme.

Apenas me asomé, me di cuenta de que el polvo acumulado tenía mucho más de diez años. Seguramente, la tía Dorotea, a los ochenta, no se ponía a hacer esas acrobacias. Empecé con el plumero. La tierra era tanta que caía como lluvia.

Greenaway, guapo como pocos loros, plumereaba con aletazos desde el fondo. Yo no podía llegar hasta el ángulo de la pared, así que agradecí la ayuda. Pero parece que mi amigo se entusiasmó y puso demasiada energía en el movimiento, porque, de repente, algo parecido a un terremoto ocurrió allá arriba. Un derrumbe de libros, revistas, diarios viejos y hojas sueltas fue a parar con estrépito sobre el piso.

No recuerdo bien cómo fue. Solamente sé que me salvé de una caída horrible; Stravinsky, que miraba desde abajo, sufrió una lesión en un dedo de la pata izquierda.

Después de asistir al pobre sapo y dejar a cada bicho en su lugar, me fui a ver el montón desparramado sobre el piso. Había unos carpetones enormes con secciones de diarios viejos. Más que viejos. El nombre de mi bisabuelo figuraba en la portada. Eran suplementos culturales de *La Razón*. Parece que los coleccionó entre los años 30 y los 40. También encontré unas libretas con direcciones (debían de ser todas de compatriotas, porque los apellidos eran tan impronunciables como



las tortas de la tía Dorotea). Los limpiaba como podía y los iba apilando sobre la mesa del living. Casi había terminado. Quedaban unos libros del año del moño, un ejemplar polvoriento del *Fausto* de Goethe. Le sacudí la tierra y lo abrí.

En ese momento sentí la conocida y extraña sensación que me provocaba la presencia de la tía Dorotea. Era difícil de describir, algo como una tensión en el ambiente. El ejemplar estaba en castellano, y había sido publicado por la editorial Iberia, de Barcelona, en 1946. Lo separé del resto, por curiosidad y por simpatía con la tía.

Busqué el escobillón y la pala para barrer un poco el polvo. Estaba a punto de terminar cuando vi algo caído hacia un costado, casi parado contra la pared. Era un libro distinto. Me acerqué. En realidad, no era un libro, sino una carpeta viejísima. La tomé con suavidad y soplé sobre la superficie. A mi soplo se sumó otro. Era la tía Dorotea (estaba segura), que seguía paso a paso mis descubrimientos. Miré las tapas amarronadas. Se parecía a las carpetas que yo había usado en la escuela, pero archienvejecida. En el frente, arriba, decía "Carpeta"; luego, dentro de un círculo, estaba el retrato de Rivadavia. Parecía la reproducción de un grabado antiguo, con tramas en color sepia. Abajo, la rúbrica inequívoca del prócer (la que todavía tienen las hojas de esa marca). Y por último, allá en los confines de la tapa, las palabras "Perteneiente a". En trazos

cuidadosos, hechos con una pluma, se completaba: *Dorotea Tobler; Colonia Suiza. F.C.C.A.*

Me conmovió ver esa letra apretada y antigua, de caligrafía entulada. La tía Dorotea estaba ahí, al lado mío, la sentía. Me imaginé la emoción de la pobre, pensé en las lágrimas que debían estar surcando esas mejillas transparentes. (¿O no tendría mejillas? ¿O no tendría lágrimas?) Por las dudas, dije suavemente su nombre unas cuantas veces, para consolarla.

—Doorooteeceaaa, Doorooteeceaaa, Doorooteeceaaa...

Un chillido bastante espantoso me raspó los oídos. Qué horrendo el agradecimiento de la tía. Por las dudas, decidí abstenerme de dar nuevas muestras de cariño.

Volví mi atención a la carpeta. El lomo estaba atado con una cinta amarillenta; mirándola bien, comprendí que en alguna época había tenido los colores de la escarapela. La cinta daba vueltas por delante y por detrás, y terminaba en un nudo. También por el otro extremo había unos moños abrochados con botones metálicos, herrumbrados, que terminaban en unas tiras. Desaté los nudos con la misma emoción con que había atravesado el umbral de la casa unos días atrás. Tenía la sensación de estar entrando en otro lugar misterioso.

Había tres hojas rayadas, amarillentas y manchadas. La primera, vacía. La segunda, con la siguiente inscripción (todo con la misma letra cursiva dibujada con pluma):

La Familia Tobler de Zürich
Homenaje, 1626-1926
Estudios Históricos
Del: Dr. Werner Ganz
Zürich.

Y la tercera repetía esos datos, y agregaba:

Copia de la Traducción hecha por mí
Y dedicada: A Dorothea Tobler. Córdoba.
Por: Federico Tobler.
Baradero, diciembre 1929.

¡Ahora podía entender a la tía Dorotea! ¿Cómo no iba a estar con la mirada puesta en el pasado? ¡Qué herencia! Y ahora estaba en mis manos... Algo que había comenzado en 1626 tenía que ver conmigo... De golpe, trescientos ochenta años se me cayeron de un estante empotrado. Estaba desconcertada.

Pude ver que las hojas estaban numeradas en el ángulo superior, y un prólogo presentaba a Johann Jacob Tobler como el iniciador del linaje. Parecían haberle adjudicado el *Burgerrecht* (vaya a saber qué cuernos era eso) de Zurich en el año 1626. Por allí empezaba la historia familiar, aunque yo creo que estos suizotes, con su manía perfeccionista, podrían haberse remontado hasta algún primate prehistórico.

Seguía un desfile cronológico de todos los personajes Tobler. Afortunadamente, sonó el timbre; dejé la carpeta encima del ejemplar de *Fausto* y salí a abrir.

Día 21

¿Cómo estás, Stravinsky? ¿Te duele mucho eso do? Hoy no te escuché croar. ¿Te dije alguna vez que sos el sapo más creativo que conozco? Lográs unas tonalidades guturales... Afuera serías la envidia de todos los sapos machos. No habría sapita que se resistiera a tus conciertos. Aunque, a decir verdad, no sé si eso sea bueno. Sobre todo, si te interesa alguna en especial... porque, pobre, tendría que vérselas con los fantasmas de tus admiradoras.

. Estoy monotemática, ¿no? No puedo evitarlo. Por lo menos, ella tendría una buena razón para estar celosa... No como *otros*, que de buenas a primeras encuentran una razón para enojarse, aunque sea inventada... total.

¿Te conté que ayer vino Mario? — el que tocó el timbre era él. Se vino a disculpar. ¿Y sabés qué, Stravinsky? No le pude decir nada. ¿Qué le iba a contestar?... De

veras, creo que estuvo muy mal. Me quedé ahí, parada contra el marco de la puerta, mirando el piso. Ni le dije que pasara. ¿Acaso no me había amenazado con que no iba a venir más? Esa fue una cosa muy fea.

Él solamente dijo que venía a pedirme perdón. Yo seguí con los ojos pegados al piso. Entonces, en medio de ese silencio pesado como plomo, dio media vuelta y se fue.

Creo que hice lo que debía. Pero no sé... Me siento bastante mal.

Día 22

Marito volvió al día siguiente. Cuando abrí la puerta, vi asomar un banderín blanco. Se me escapó una sonrisa: era una rendición amigable.

Traía unas masas vienesas, así que nos sentamos en la galería. Con el mantel y las tazas. El día estaba tibio y las palabras nos devolvieron la calidez perdida.

Marito me explicó que el día de la pelea había sido difícil para él. Parece que las cosas se complicaron en el quiosco... Fue de esos días en los que uno anda como rabioso con todo, me dijo, esos que no se terminan de digerir. Sabía de qué me estaba hablando.

Yo le conté de mi hallazgo, de la carpeta con la historia familiar. De los trescientos ochenta años surgidos de un hueco en la pared.

La tarde fue cayendo; de golpe, sentimos frío y entramos. Ya habíamos logrado instalarnos en un clima

de confianza, así que decidí hablarle de... la tía Dorotea. Porque, en realidad, en la carta ella me había pedido que mantuviera en secreto lo de la casa, pero de su fantasma no había dicho ni una palabra. Además, era demasiado para guardármelo. Semejante secreto ya no me cabía adentro. Así que mejor lo contaba de a poquito y tranquilamente.

Al principio, Marito me miraba con cierta incredulidad; después, a medida que avanzaba en detalles, fue entusiasmándose.

—¡La quiero ver! —dijo.

Le expliqué que no me parecía prudente, la pobre se mostraba tan vulnerable. Teníamos que darle un tiempo.

Me despedí de Marito con la promesa de enfrentarlo a las evidencias del fantasma. Estaba contenta de seguir contando con mi amigo; y la verdad, era un amigo muy especial...

Día 24

Me levanté muy temprano. Abrí las ventanas y pude ver el sol asomándose entre los lazos flexibles de las retamas. La conquista del territorio circundante marchaba con éxito. Lentamente, los delirios vegetales iban transmutándose en siluetas reconocibles, con canteros, césped y macetas. El caño roto había sido definitivamente arreglado por don Ernesto. De manera que el pantano había dado lugar a una preciosa alfombra salpicada de violetas y nácar.

Pensé que era otro hermoso paisaje para tomar el té con Marito. Una manera de sellar definitivamente la paz. ¿Y qué mejor que una exquisitez suiza para completar la escena? Era algo que ya había funcionado...

Necesitaba la ayuda de la tía Dorotea. Busqué la libreta de recetas en el cajón de la mesa y me paré delante del reloj.

—Tía Doorrooteeaaaa... ¡¡¡Tíííaaa!!! —con mi entonación más amable, convoqué su presencia, segura de que me ayudaría.

Pero nada respondió a mi llamado.

—Tía Dorotea, quisiera que me ayudaras a hacer uno de esos postres tan ricos... Como el otro día, ¿te acordás? Mirá, acá tenés la libreta que...

La tía debía estar de muy mal humor, porque revoleó la libreta contra la ventana. Después, el soplo helado se coló por todos los rincones. En una carrera loca, se filtró entre los muebles y, en el torbellino que armó, la muy atropellada derribó dos floreros (que por suerte eran bastante feos). Yo solamente atinaba a mirar el descontrol. Después de unos minutos, la tormenta pareció amainar. El vendaval terminó con una lapicera flotando en el aire.

Lo tomé como una invitación. Me paré frente al objeto suspendido, con la intención de seguirlo. La tía parecía estar más calmada. En estas condiciones, entenderse sería más fácil.

Seguí la trayectoria flotante de la lapicera, que terminó en mi habitación, sobre el escritorio. Justo delante de mi bloc de hojas, el cual, como era de esperar, se abrió.

Con trazos rápidos y una letra difícil de leer, escribió:
¡Basta de decirme tía Dorothea! ¡No lo aguanto más!

Me quedé helada. Esa no se parecía en nada a la prolijísima letra de la tía: era una complicación gótica, una excentricidad de escritura.

Tenía la vista fija sobre el papel, y puedo asegurar que a los pocos instantes las letras desaparecieron sin que yo hiciera absolutamente nada.

Si el fantasma no era la tía Dorotea, ¿quién era, entonces? No me atrevía a preguntarlo. De repente, me sentía ante un desconocido. Me sentía víctima de un engaño... Todo este tiempo creyendo que vivía con el espectro de la tía Dorotea, y venir a enterarme de que no era ella.

Aunque no podía echarle la culpa al fantasma: en realidad, yo jamás había preguntado. Y ahora era momento de hacerlo.

—Si no sos la tía Dorotea —pregunté—, entonces, ¿quién sos?

No soy la tía Dorothea, volvió a escribir. *Soy Georg Christobal Tobler.*

Claro, pensé, Tobler tenía que ser, para vivir así apoltronado en esa caja de reloj. Además, el tipo leía alemán a la perfección. Eso era algo que había comprobado.

Me costaba imaginar que el fantasma fuera de otra persona. Había vencido el miedo recordando a la tía Dorotea, su cabello blanco y esa mirada dulce. Lo había neutralizado con el consuelo de conocerla.

La cabeza me daba vueltas. Tenía mil preguntas para hacer. Lancé las primeras como quien escupe un carozo amargo. Si el fantasma no era la tía Dorotea, ¿por qué me había mandado esa extraña carta? ¿Por qué su insistencia en que todo fuera un secreto?

Ella sabía de mi existencia, vivimos juntos más de 80 años. Fue su modo de ayudarme, me respondió la lapicera, y las palabras se borraron a los pocos segundos.

—¿Ayudarte a qué? —pregunté.

Es muy largo de explicar, escribió.

—Bueno, entonces decime por qué estás acá, viviendo en esas condiciones dentro de un reloj.

Es una larga historia, volvió a escribir.

—Me imagino —le dije—; si tenés más de trescientos años, como los otros tipos de la carpeta...

248 años, para ser exactos.

—Perdón —le contesté—, cierto que ustedes son fanáticos de la exactitud.

Soy Georg Christobal Tobler, repitió, y necesito tu ayuda. Buscá en la página 27 del estudio histórico de Ganz.

La lapicera se asentó con suavidad sobre el bloc en blanco.

Sin pensarlo demasiado, fui a buscar la carpeta. Sentía los dedos torpes. Finalmente, encontré la página 27. Leí esa traducción que mi bisabuelo había hecho setenta y tantos años atrás. Un título subrayado hacia la mitad de la página decía:

Georg Christobal: Hermano de mi bisabuelo

Es decir, se trataba del tío bisabuelo de mi bisabuelo.

Continué la lectura con bastante dificultad; la escritura era complicada, en todo sentido. Tal vez mi

bisabuelo Federico no manejara bien el castellano. Esto fue lo que leí:

Inteligente, vivaz y de risueña juventud; así lo testifican las correspondencias que mantenía con Joh. K. Lavather en Zürich. Admiraba y amaba a su maestro, estudiaba mucho, era ligero, divertido, totalmente contrario al carácter paterno y aun de los antepasados. Adelantaba pronto en su estudio (mas se dijo muchas veces, resulta que: "pronto arriba, pronto abajo").

Nació en el 1757 en Ermatingen, y terminó sus estudios en 1777.

En vez de interesarse por la obtención de un Pastorado, como sus antecesores, resuelve emprender diversos viajes, que lo ocupan por seis años. Primero se fue a Basilea, donde tomó cargo de Instructor Escolar, en la familia Burkhard-Forkart, descubriendo cuán diferente es el pensamiento conservador basileo del züricher. Deja Basilea y acepta el mismo cargo en lo de Diodati, en Ginebra; tampoco le satisface su círculo de aquí; pero en esta estadía recibe de visita al poeta Johann Wolfgang Goethe, en 1779.

(¡Vaya con el tío Georg!)

El poderoso adalid de la Poesía Alemana lo ve luego en Estrasburgo, en la casa de la muy nombrada por su belleza Dama de Branconi, que hasta a Goethe impresionaba la hermosa marquesa. Consideremos al joven de Zürich, también de bella presencia y de inteligencia nada vulgar. No tardó la marquesa en solicitarle ser su Lectorista Educante, lo que produjo entre ambos un acercamiento. Una noche

oscura desapareció Tobler del Palacio Branconi, sin anuncio y sin despedirse, viajando directamente a Weimar, a la residencia del poeta Goethe. En su larga estadía con el escritor, prodújose una estrecha amistad entre ambos. Lavather, el común amigo de ellos, ofrece referencias...

Aquí continuaba una detallada enumeración de episodios referidos a la amistad de Tobler con Goethe. Terminaba diciendo:

La traducción del griego al alemán de Die Natur y otros textos de Sófocles fueron trabajos muy difíciles, que se creían realizados por Goethe. Un día, el propio Goethe se dio a publicidad negando tal cosa. Afirmando que el traductor no podía ser otro que G. Tobler y que lo había hecho en Weimar unos días antes de...

La historia se interrumpía así, bruscamente. La página amarillenta y manchada mostraba los renglones desnudos. La hoja siguiente comenzaba con otro miembro del linaje Tobler.

¿Que pasó en Weimar, unos días después de hacer aquella traducción? Nadie me había hablado antes de este pasado glorioso en la familia. A menos que no lo consideraran tan glorioso... o no lo conocieran.

Miré el ejemplar de *Fausto* y me imaginé a Goethe y al tío Georg (decidí llamarlo así; ya que vivíamos juntos, consideré que podía tomarme ciertas confianzas, por más fantasma de escritor que fuera y amigos célebres que tuviera). Las cosas habían cambiado. En unos instantes, después de leer unas cuantas palabras, toda la

situación era totalmente diferente. Intenté tomar pasos de distancia y revisar los últimos acontecimientos.

A ver... La tía Dorotea me había dejado en herencia una casa bajo ciertas condiciones; hasta aquí, todo bien. Esas "condiciones" incluían la convivencia con un fantasma que vivía en un reloj y era de la familia: supongamos que aceptamos eso. Pero resulta que el pariente nació en Suiza en el mil setecientos no sé cuánto, y necesita mi ayuda para vaya a saber qué. Encima, el tipo tuvo unos amigos famosos y debe tener su cabeza de fantasma llena de humos de celebridad.

Así estaban las cosas para mí. Agarré la lapicera y el bloc, tratando de vencer cierta aprensión, y escribí una lista (es algo que siempre me ayuda a pensar):

Lista 1 - Preguntas

A. ¿Qué clase de ayuda pide el tío Georg?

B. ¿Quién fue Lavather? ¿También fue famoso?

C. ¿Sería verdad lo de la amistad con Goethe? ¿Era un dato cierto?

Lista 2 - Dónde buscar respuestas

• Preguntarle al tío Georg.

• Buscar algún libro sobre Goethe.

Decidí empezar por el final, me parecía lo más fácil y lo menos peligroso. Fui a la biblioteca del barrio.

Me esperaba un trabajo complicado. Encontré cantidad de textos sobre Goethe. Muchos más que los que había imaginado. Al principio leí despacio, anotando algunos datos; después, mi entusiasmo fue creciendo.

Esa información fría registrada al comienzo se fue transformando en un sentimiento de afecto hacia Goethe, que se trasladaba al tío Georg.

Cuando la bibliotecaria me avisó que ya era hora de cerrar, volví a casa. Me llevé un libro que aún no había consultado. Era un ejemplar pequeño en una edición barata. Se titulaba *Goethe, Schiller y la época romántica*. El autor era un tal Alfredo Cahn, especialista en lenguas germánicas, según decía la reseña de contratapa. A pesar de haber consultado tanto material sobre Goethe, hasta el momento no había aparecido ninguna mención sobre el tal Lavather, ni sobre el tío Georg. Sin embargo, las fechas coincidían a la perfección.

Me fui a la cama con el libro y estuve despierta hasta tarde.

Johann Wolfgang Goethe había nacido el 28 de agosto de 1749 en Frankfurt am Main. Y había muerto en 1832 (yo tenía presente que el tío Georg había nacido en 175

Esos fueron años de muchos y muy intensos cambios. Según decía don Alfredo Cahn en su libro, cuando Goethe era niño los caballeros usaban pelucas, y cuando fue anciano la gente se sacaba fotografías o daguerrotipos. Por aquellos tiempos se produjeron los principales descubrimientos de la vida moderna, desde la máquina de vapor hasta los ideales republicanos.

El poeta alemán escribió muchísimas obras, no solo el *Fausto* que tenía sobre la mesa del comedor. Parece

que el hombre fue un apasionado buscador de respuestas sobre el arte de la escritura. Un buceador de las profundidades de las cosas. Detuvo su mirada sobre los personajes de las ciudades alemanas, en lo pequeño y cercano; pero también viajó hasta Italia buscando los vestigios de grandezas pasadas, de una antigüedad gloriosa.

Goethe fue uno de los escritores alemanes más importantes. Junto con otros compatriotas, propuso unas ideas sobre la literatura que dieron en llamar *Sturm und Drang* (eso significa “tempestad y empuje”). Según entendí, ellos defendían la libertad sobre todas las cosas: libertad para pensar, para sentir, para amar y también para creer.

Me gustó eso de “tempestad y empuje”. Me los imaginé con mucha fuerza, poniendo pasión en todo lo que hacían.

Además, parece que Wolfgang escribía de manera diferente, eligiendo cuidadosamente los hilos con que tejía sus novelas, descubriendo nuevos puntos y dejando al descubierto las tramas de la realidad del mundo que lo rodeaba.

Mis ojos se detuvieron de pronto en la página 36 del libro. El autor relataba allí la importancia que había tenido un viaje efectuado por Goethe para el desarrollo de la teoría del *Sturm und Drang*. En 1774 había realizado una travesía a lo largo del río Rhin, en compañía de un tal Johann Kaspar Lavater, escritor y filósofo suizo.

¡Allí lo tenía! Seguramente era el amigo del tío Georg. Me pareció que la hache que le faltaba a Lavater no tenía la menor importancia. Seguro que era el mismo. Lo que había traducido el bisabuelo Federico era definitivamente cierto. Y yo tenía dentro de mi reloj, en el living, un pedacito de semejante historia. Continué leyendo, convencida de la buena fe de mi fantasma.

Lavater invitó varias veces a Goethe a visitar Suiza. Su primera visita fue en 1775. También en ese año se radicó en Weimar.

Los datos coincidían asombrosamente. Que el tío Georg recién hubiera conocido al poeta alemán dos años después era un acontecimiento perfectamente probable.

Estaba feliz, sentía que mi corazón latía con el ritmo de la tempestad y el empuje. No sabía todavía en qué tendría que ayudar a mi tío recontratatar... algo, pero estaba dispuesta a hacerlo. No cualquiera se ve envuelta de pronto en semejante historia. Por algún motivo, había sido elegida para atravesar el tiempo. Me intrigaba y me deslumbraba ese mundo descubierto.

Me dormí soñando con el tío Georg, Goethe, libros escritos con plumas a la luz de las velas y relojes suizos.

Día 25

¿Qué les parece, mis queridos amigos? ¿Ustedes se imaginaban que estábamos viviendo con el fantasma de un intelectual, suizo y picarón? Porque no sé a ustedes, pero a mí no se me escapó el cuento de la marquesa casada...

Parece que don Georg Christobal era muy erudito y muy amigo de poetas, pero también le gustaban las felicidades de la vida. Después de todo, lo bien que hacía. No me simpatizan esos que se la pasan encerrados en celdas atestadas de libros y que piensan que la vida es un sacrificio.

Aprendan, muchachos. A vos ya te lo dije, Stravinsky: mañana mismo te saco y te dejo un rato cerca de la canilla del patio para que encuentres novia. Y a vos, Greenaway, ya te vi tirándole picotazos a la lora de Eugenia, vas bien.

Les voy a hacer una confesión... ¡No! No es sobre Marito. De ninguna manera. Es sobre el tío Georg. La verdad es que me da un poco de pudor llamarlo, ya no se trata de la tía Dorotea... No es igual. ¿Cómo le pregunto? Quiero saber la manera en que llegó hasta acá y por qué está en esas condiciones tan poco presentables. ¿Ustedes piensan que se enojará si me acerco al reloj con la lapicera y el bloc?

Yo también creo que lo va a aceptar. Además, él dijo que necesitaba mi ayuda, ¿no? Bueno, entonces me tiene que decir para qué.

Por la tarde no pude hablar (es una manera de decir) con el tío Georg: cuando me disponía a hacerlo llegó Marito con dos entradas para el cine. Era una atención que le habían hecho los de no sé qué diario.

Me puse un vestido azul y me peiné con el pelo recogido sobre la nuca. Me sentía linda. Dueña de una vida interesante. Y me encantaba la compañía de mi amigo. Caminamos por la ciudad dorada. Volamos entre palabras intensas, porque le conté todo lo que había sucedido. Decidimos no entrar a ver la película: estábamos envueltos en una historia tan increíble... que ahora ninguna otra cosa nos podría atrapar.

Nos sentamos en un pequeño bar. Con mesas circulares y luz cálida. Allí planeamos el próximo paso, con el tono confidencial de quienes urden un plan clandestino. A lo mejor, el tío Georg había estado así

con la marquesa Branconi. Tal vez quisieron escapar juntos para salvar su amor y algo frustró la huida. Especulamos con millares de posibilidades, conjeturamos hasta el infinito.

Día 26

Al día siguiente, Marito llegó temprano. Nos habíamos propuesto hacerle juntos las preguntas al tío Georg. Puse el bloc y la lapicera sobre la mesa del living y dije en voz alta:

Tío: vos dijiste que necesitabas mi ayuda, ¿no? Bueno, aquí estoy, dispuesta a escucharte. Porque primero me tenés que dar algunas respuestas.

La lapicera se elevó y quedó suspendida a la altura de nuestras cabezas. Pude ver los ojos desorbitados de Mario, que asistía por primera vez a la manifestación del fantasma.

El tío Georg escribió:

¿Quién es el caballero que te acompaña?

¡Qué elegante para hablar!... digo, para escribir. Esta vez me pareció una letra muy sofisticada la del fantasma. La impresión anterior sobre el tío Georg había

cambiado. Estaba bajo el influjo de las historias leídas e imaginadas.

—Es un amigo mío —le contesté—; también quiere ayudarte.

La única persona que me puede ayudar sos vos.

—¿Por qué?

Porque sos Tobler.

—Está bien, Marito solamente me va a asistir en la empresa, ¿sí?

De acuerdo.

—Tengo varias dudas. Por ejemplo: la tía Dorotea era Tobler. ¿Por qué no pudo ayudarte?

Lo intentó, sin buenos resultados.

—Me estás asustando. ¿De qué se trata eso tan difícil de hacer?

Vamos por partes. ¿Leíste mi historia?

—Sí, hasta donde llega, porque de golpe la escritura se interrumpe...

Justamente de eso se trata.

—¿De la interrupción?

Sí.

—Disculpá la curiosidad, tío Georg, pero, ¿cómo es que estás en este lugar del mundo convertido en fantasma, viviendo dentro de un reloj?

Mientras yo preguntaba, Marito seguía las frases en el papel con la mirada, como hipnotizado ante la aparición momentánea de esos caracteres antiguos, que desaparecían pocos segundos después.

Hace muchos años que me refugio en este reloj. Desde el día fatal en que me convertí en... lo que soy.

—¿El día de la interrupción?

Sí. El día en que dejé el mundo de los vivos para tener esta existencia de nada, de brisa liviana, de hálito, de olvido...

Yo soñaba con la gloria del mármol, y mirá dónde vine a parar, en las pampas, entre relojes y libros. Y menos mal que me protegió Dorothea, porque si hubiera caído en manos de tu abuelo, a estas horas estaría en el campo, entre potros y vaquillonas.

—¡Pará un poquito, viejo desagradecido! —dije, algo enojada, y dispuesta a defender a mi abuelo—. Si no te gusta este lugar, ¿qué hacés acá?

No quise ofender a nadie. Yo no tengo posibilidad de elección: no puedo hacer cambios a mi alrededor. Mi forma de existencia está esencialmente ligada al reloj. Cuando tu bisabuelo Federico emigró a América, trajo el reloj, un objeto que había pertenecido a la familia durante varias generaciones. Yo vine con él. En el momento en que se enteró ya era tarde, hacía varios años que estábamos en este país.

Él me ayudó como pudo: tradujo la historia familiar, anticipando que la ayuda podría tardar en llegar y la descendencia solo hablaría español. Con tantos años escuchando a la familia, yo

aprendí el idioma y varias cosas más. No te equivoques: después de un siglo de vivir en este país, me siento a gusto con sus costumbres, al menos las que pude experimentar desde mi prisión en el reloj, y desde esta distancia forzada que solo me permite la contemplación. Me encantaría probar un mate o comer empanadas, pero hace siglos que no como, huelo ni acaricio, y estoy tan cansado que quisiera reposar, finalmente.

Miré la lapicera sobre el papel y sentí una pena enorme por el tío Georg. Marito también estaba conmovido.

—¿Cómo te puedo ayudar, tío? —pregunté sinceramente.

Aquella noche infortunada, María Antonieta llegó a Weimar.

—¿María Antonieta era la marquesa Branconi? Sí, contestó, y siguió el relato: *su marido, el marqués, era un hombre siniestro.*

—Y bueno, tío Georg, en las circunstancias en que lo pusiste...

Marito me pegó un codazo sin ningún disimulo.

—Pero, Mario —dije—, eso de “lectorista educante”...

—Seguí, Georg, seguí —dijo Marito—. ¿Qué pasó entonces?

Nosotros nos habíamos enamorado y, por otra parte, el matrimonio de María Antonieta con el marqués no era feliz. El hombre era terriblemente

colérico y despiadado. Y me parece que, aunque fuera un marido engañado, no tenía derecho a hacer lo que hizo...

—¡Por Dios! ¿Qué hizo, tío?

Me tendió una trampa que me condenó a esta existencia, en la que María Antonieta nunca será algo posible. Ni siquiera tuvimos el consuelo de pensar que nos uniría la muerte.

—¿Cómo fue? ¿Qué pasó, entonces? —pregunté.

Al descubrir nuestro romance, después de mi huida repentina de su residencia, el marqués juró matarme. Una noche, finalmente, logró descubrir mi refugio en Weimar y vino por mí. Ni siquiera la presencia de Goethe pudo disuadirlo de llevar a cabo sus oscuras intenciones.

Llegó una noche de invierno, sobre un caballo sudado. A punta de pistola, me obligó a subir a su cabalgadura y nos internamos en la espesura de un bosque. Allí me dejó abandonado bajo una copiosa nevada, para que los lobos desgarrasen mis entrañas.

—¡Qué asco de tipo! —dije.

Advertido por María Antonieta, yo llevaba oculto en un bolsillo un pequeño frasco con arsénico.

Cuando me vi rodeado por los animales hambrientos, me apresuré a beberlo, salvándome así de una muerte horrenda, pero condenándome a esta miserable consistencia de nada... Y nadie

supo qué pasó conmigo; ni siquiera el marqués, que fue víctima de su propia trampa y de su odio, pues, paradójicamente, aquella noche el marqués de Branconi sufrió el mismo destino que me había reservado: fue atacado y muerto por los lobos. Mi amigo Goethe mandó emisarios por todos los rincones de Weimar, pero nadie encontró mi cuerpo. La marquesa de Branconi terminó sus días en un convento.

—Corno era de esperar...

Y yo, cuando descubrí en qué me había convertido, volví a la casa paterna. Desde ese momento, el reloj es mi único refugio.

—Es una historia tristísima, pero no veo cómo puedo ayudarte.

Hay una manera, una forma de conjurar este destino de espectro, de devolverme a mi lugar en el panteón familiar y de grabar el epitafio que permanece invisible sobre mi lápida muda. Entonces, yo saldría de este reloj, de esta casa y de tu vida.

—Pero, tío Georg, si yo ya te quiero...

Entonces, me tenés que ayudar.

—¿Qué tengo que hacer?

Tenés que escribir el final de mi historia en la carpeta que tradujo Federico, con la misma pluma, que es la mía, y en esas hojas amarillas.

dónde consigo tu pluma?

Eso es lo de menos. Lo importante es la historia. La forma en que se escriba el final del relato sobre mi vida. Porque yo he quedado atado a mis propios sueños de encarnarme en la literatura. Yo mismo me quité el signo célebre que me había reservado, al poner fin a mi vida. La única forma de volver a encontrarme con mi destino es recuperar ese deseo.

—Explicame cómo es eso, tío.

Yo soñaba con un lugar de gloria y, me avergüenza decirlo, de inmortalidad, entre las páginas impresas de un libro. Yo quise ser como Goethe o Kaspar Lavather, pero... Después de lo que hice, de mi terror a los lobos y del arsénico... Necesito tu ayuda para reencontrar mi destino entre las palabras. Tenés que escribir el final de mi historia...

—¡Pero eso es imposible, yo no soy escritora!... No soy ni Goethe, ni Lavater.

Dijiste que estabas dispuesta a ayudarme.

Sí, antes de escuchar semejante delirio...

—Si querés, yo te ayudo —se entrometió Marito.

No puede ser. Solamente puede hacerlo el dueño del reloj: el heredero de la tradición familiar.

—¡Ya veo, ya veo! Yo sabía que esto de la herencia era muy raro y se las traía... Esto fue una intriga: se confabularon vos y la tía Dorotea para meterme en semejante lío.

Nosotros vimos que te gustaban los libros, por decirlo de algún modo, y pensamos que por fin habíamos encontrado a la persona indicada. Pero si no estás de acuerdo, yo regresaré al reloj y no hablaré más del asunto.

—¿Lo vas a dejar ir así nomás?! —gritó Mario—. ¿Sin ayudarlo? ¡Pobre Georg!

—Está bien, te voy a ayudar... Decime dónde están la pluma y la tinta, escribimos el final espantoso y listo.

No se trata de eso. Si lo emprendemos, va a ser un trabajo arduo. Debe ser una versión que sea capaz de atrapar mi espíritu...

—Y supongo que se trata de un espíritu exigente, ¿no? Aunque me parece que no estás en situación de poner condiciones...

—¿Y por qué no lo escribís vos? —preguntó Mario—. Nadie mejor...

Estás viendo las letras que dibujo sobre el papel y la brevedad de su existencia. ¿Cómo podría escribir un final que perdurara?

—¡Ya sé! —grité entusiasmada—: vos vas escribiendo en un sitio y yo voy copiando en la carpeta.

Eso no es posible. Las palabras deben entramarse con la pasión y el deseo, y esas son cosas que perdí hace varios siglos.

—Ya veo. Lo que necesitás son palabras con empuje y tempestad. ¿Y cómo se supone que vamos a hacerlo?

Hay que escribir historias que narren el encuentro con la muerte de una manera bella, pero natural. No como tragedia.

—Me estás tomando el pelo... Vos querés que escriba el melodrama que acabás de contarnos, pero sin tragedia. No necesitás que te ayuden a escribir: necesitás hacer magia.

¿Estás dispuesta o no?

—Está bien, decime.

Tenés que escribir un pequeño relato que conmueva a un fantasma. Por su sutileza o su sentido del humor.

—Escribir historias que tengan que ver con la muerte, dijiste.

Así es.

—Tu muerte...

No precisamente. Hay que comenzar por buscar historias ajenas para escribir pequeños relatos.

Hay que pensarlas, analizarlas y, cuando estés lista, entonces...

—¿Y quién decide eso? Vos, supongo.

Me parece que podemos hacerlo juntos.

—Vamos a ver...

Entonces, ¿me vas a ayudar?

—Ya te dije que sí... Ahora metete de una vez en el reloj, que necesito pensar. Chau.

Adiós, escribió la lapicera, y se asentó cuidadosamente sobre el papel.

A Marito también le dije chau. El pobre estaba atur-
dido, se le notaba en la cara. Ya me estaba arrepin-
tiendo de haberlo dejado participar, aunque apenas si
había dicho algo.

Día 27

Dicen que en el baño se tienen las mejores ideas. A
mí me pasa. Sobre todo cuando tengo esos diálogos con
Stravinsky.

Me escucho y me entiendo. Creo que es bueno acla-
rar las cosas. A veces, una da por sentado que está en
perfecto acuerdo consigo misma y, en realidad, hay
enormes divergencias, terribles luchas interiores. Por
ejemplo, una parte de mí sentía miedo: la historia del
tío Georg era bastante oscura y me parecía terrible te-
ner su destino en mis manos. Sin embargo, otra parte
mía se sentía halagada de haber sido elegida. No podía
ocultar que la empresa me atraía. Más que eso. Desen-
redar una historia con palabras era un reto que estaba
dispuesta a aceptar. Sí, lo tenía decidido, habría que te-
nerle paciencia a mi parte asustada. Además, el pobre
río Georg no tenía nada que perder... Y yo, bueno... si

no lo lograba, por lo menos tendría la tranquilidad de haberlo intentado.

Lo primero que había que hacer era juntar una buena cosecha de historias sobre el tema favorito de tío Georg; digamos... gente que pasó a mejor vida. El lado interesante de la muerte, lo bello... ¿Qué sería lo bello de la muerte?... ¡El recuerdo! Por lo menos, eso era lo que añoraba el tío: todo ese tema de la lápida vacía, y su lugar incompleto en la genealogía familiar.

Ya tenía una punta para empezar.

Día 28

Cuando volví a ver a Marito le expliqué mi plan. Teníamos que salir por el barrio a escuchar historias. Había que conseguir algunas bien jugosas. Mi amigo me miró con un brillo de entusiasmo en los ojos y me dijo que ya volvía.

Al rato, regresó con un aparatito en la mano. Traía un grabador pequeño, de periodista, dijo. Entonces, decidimos empezar con nosotros mismos, para probar. Sacamos a la luz anécdotas propias o cercanas. Marito recordó algo que le había pasado cuando era muy chico. Y también una historia que le había escuchado a una compañera de la facultad. Y sin darse cuenta, un recuerdo trajo al otro y siguió contando, mientras nos desarmábamos en carcajadas. En medio de un ataque de hipo, yo me acordé de ciertas experiencias con animales.

Y fue curioso, porque nos divertimos mucho. Jugamos con la muerte, le hicimos cosquillas hasta llorar de risa. Y con ese tono desenfadado salimos a la pesca.

Entrevistamos a Eugenia, que nos contó el viaje final de su gato viejo, y a otros vecinos que se entusiasmaron y enseguida remontaron vuelo. La panadera se despachó con el cuento de unos alemanes que confundieron el contenido de una urna fúnebre con harina —¡increíble!— y solamente supieron la verdad después de comerse unos panes recién horneados con las cenizas de una abuela.

Llegamos a casa con unas cuantas cintas.

Antes de dormir anoté los títulos en mi bloc. La lista era interesante para comenzar.

Resulta increíble la cantidad de historias que guarda la gente en su memoria. Historias distintas, con algo especial. Y también, cuánto les gusta contarlas. Empiezan como sin quererlo, se van deslizado por el tobogán de las palabras, y cuando llegan al final tienen una sonrisa de oreja a oreja. Y a veces es como si preguntaran: “¿Me puedo tirar otra vez?”. Y entonces vuelven a la carga, subiendo los escalones con más agilidad esta vez, porque saben lo que les espera una vez en la cima. Y se tiran con todo el empuje, disfrutando del viento en la cara...

Me di cuenta porque la cosecha fue muy buena para mi misión, pero mejor para los recordantes. ¿Por qué será que no las cuentan más a menudo...? Así porque sí, por el placer de tirarse por el tobogán.

Día 30

Me levanté dispuesta a comenzar mi trabajo. Miré el bloc, la lapicera, y sentí un escalofrío. Yo tenía que convertirme en escritora. Y es verdad que las letras se me dan, pero el tío Georg parecía bastante exigente al respecto. Seguramente esperaba que me pusiera a la altura de esos amigos suyos.

Me miré en el espejo. Fue decepcionante. La imagen reflejada no podía ser más lejana a aquello. Chiquita, flaquita y con la cara llena de pecas. ¿Cómo podría esa que era yo escribir un relato que lograra devolverle el alma a un fantasma? Tenía que hacer algo. Convencerme a mí misma de que podría hacerlo.

Busqué en un cajón los anteojos de la tía Dorotea y me los puse. Estaba mejor. Aunque apenas podía ver, pensé que esos marcos negros y gruesos sobre la nariz me daban una apariencia más intelectual. Y la ropa;

tampoco ayudaba a crear el clima apropiado. Me saqué el jean y me calcé una pollera negra que me llegaba hasta las pantorrillas. Sustituí el mate por una tetera llena, y me propuse conseguir un gato (es sabido que todas las escritoras tienen uno). Terminé mi composición con un saquito marrón, y corrí a contemplar el resultado de tanto trabajo.

No quedé muy segura de parecer una escritora; más bien, mi aspecto era el de una refugiada de guerra. Dejé los anteojos a un costado, porque no me dejaban ver. Sin embargo, conservé cerca, porque sentía que me daban cierto aplomo. Me aseguré de que la puerta estuviera bien cerrada. Era muy importante que Marito jamás me viera así. Estaba segura de que si llegaba a verme, no dejaría de burlarse.

Todavía necesitaba algo, y salí a buscar a mi sapo.

Afuera llueve, Stravinsky, con esa lluvia finita e insistente que tanto te gusta. ¿Sentís el olor a pasto mojado? ¡Me encanta! Es el día indicado para empezar a trabajar. Tenemos que planear cuidadosamente todo, tener en cuenta hasta el último detalle. Es una cuestión de estrategia.

Ahora, vamos al grano. Tenemos que escribir una historia, Stravinsky, una historia que se geste, crezca, respire, tiemble y despierte con el ritmo de nuestro pulso. Una historia que adquiera fisonomía propia y finalmente conquiste su identidad. Una pequeña criatura bella. Esa es nuestra misión. parece arrogante?

No te preocupes, vamos a hacerlo como dos obreros silenciosos, como aprendices de escribas, consignando las dudas y dificultades.

Vamos a olvidar al tío Georg por el momento. Solos, vos y yo.

No había pensado en hacer este viaje con copiloto. Ahora veo que un buen compañero ayuda a sacar afuera las ideas.

Para empezar, elegí una historia que me contó Marito. Algo que le pasó cuando era chico. ¿Qué te parece un poco de suspenso? ¿Y algo de... terror? miedoso, vos?

Claro, poné cara de valiente, nomás... Escuchame bien: ¡prohibido esconderse detrás del inodoro!

Con la lapicera dispuesta, mi bloc con varias hojas en blanco y los ojos de mi amigo sapo asomando por el frente, comencé mi hazaña. Escribí:

Una visita a los abuelos

Los últimos rayos de sol detienen el crepúsculo.

Marito sube al auto. El aire trae un olor diferente, a flor muda. Cala o gladiolos mustios.

Es una tarde apropiada para visitar a los abuelos.

El auto arranca hacia la oscuridad. Los álamos carolinianos forman un túnel al más allá. Sus siluetas se vuelven confusas, y las hojas penden en las ramas con

un temblor mortecino, como los vestigios de la luz que ya se va...

Un denso vapor se levanta derritiendo los contornos. El auto se mete justo en medio de la bruma.

Marito siente que un frío de terror le corre por la espalda. Las luces del auto se abren camino, quebrándose contra siluetas oscuras. Intenta decir que se quiere volver, pero bajarse allí es buscar la muerte segura.

El auto reduce la velocidad. ¿Le habrán leído el pensamiento? ¿Serían capaces de dejarlo solo en ese lugar? Hacen cambios de luces, y puede verse un enorme portón de rejas negras.

Un tipo encorvado sale con una linterna. Usa ropas oscuras y solamente se le ve la cabeza desgreñada, con pelo largo. El tipo se acerca peligrosamente. Se arrima por el costado. Se zambulle como una serpiente por la ventanilla abierta. Ahora, Marito le ve la cara. Es horrible. Simple y claramente espantosa. Con todos los atributos del espanto que uno podría imaginar. Picaduras de viruela, verrugas, ojos desorbitados, cicatrices, color verdoso...

La voz de ultratumba susurra:

—Entren, vamos.

El auto se impulsa al horror. Al costado del sendero se levantan las lápidas. Las palabras están escritas con sangre, horadadas con las uñas hasta quedar sin dedos. Esculpidas a mordiscos a fuerza de quitarse uno a uno los dientes...



El auto se detiene junto a un árbol. Marito ve una pala y una tumba recién abierta. Observa cómo el tipo entra de un salto al pozo con una bolsa de papel grueso en la mano. Sus padres se bajan del auto y ayudan con el plan macabro.

Marito es testigo cómplice de la profanación.

El hombre siniestro reaparece. Sube con la ayuda de su padre, a quien extiende un brazo. En el otro trae la bolsa, que es lanzada sobre el pasto.

Marito escucha claramente el crujido de los huesos al caer, y un grito espeluznante desgarró la noche.

Ve a su padre tomar la bolsa y mirar. Por un instante, distingue la mano del esqueleto que lo apresa con fuerza por la muñeca.

Cierra los ojos y hunde la cabeza en el asiento.

¡Stravinsky! ¡Abrí los ojos, no te duermas! ¿Acaso no tenés adrenalina? Se supone que estás temblando de miedo...

Un ruido seco quiebra el silencio. Es el baúl del auto. Ve por las hendiduras de luz entre sus dedos al hombre decrepito y grasiento. También a sus padres. Alzan la bolsa y la introducen justo ahí. Siente los esqueletos a una distancia de centímetros, apenas separados por el respaldo del asiento trasero.

Sus padres musitan alguna contraseña, seguramente de una secta sangrienta.

¡Horror! Firman un papel... Han entregado sus almas al diablo. Y tal vez la de él también.

Siente un nudo en la garganta pero no puede sacar la voz. La ha perdido. Se la han quitado...

Su padre entra al auto. Está pálido, tortuoso... Su madre, con un resplandor extraño, se desprende caracoles de los cabellos y arroja un manojo de hiedras sepulcrales sobre el asiento de atrás, justo al lado de Marito.

El auto arranca. Escucha rasguños sobre papel. Crujidos. Voces apagadas.

Los padres se bajan a cerrar el portón. Tiene la cabeza apoyada contra la ventanilla. Pegada. No puede dejar de mirar a los traidores.

Siente la presión fría en la nariz, que de pronto choca rápida y levemente contra el vidrio.

Pero eso no puede pasar, porque el auto no está en marcha. El auto corcovea nuevamente. Son los esqueletos que quieren salir, cobrar venganza por el sacrilegio. El auto se mueve cada vez con más violencia.

Finalmente, sale su voz.

—¡Ayuda! ¡Por favor! ¡¡Los muertos me quieren llevar!!

La madre se da vuelta con los ojos desorbitados. La ve mirar al auto enloquecido, embrujado, exaltado, demoníaco...

Corre hacia el baúl. Va derecho hacia la bolsa, pero no...

Primero escucha la carcajada, y después ve cómo saca una vaca a empujones.

—¿Qué te parece? ¡Movía el auto con la cola! ¡Se estaba rascando! —la madre, sentada, se ríe—. Te dije que veníamos a buscar a los abuelos, te expliqué...

Esta vez, lo sienta junto a ella en el asiento de adelante. Marito recuerda una conversación lejana y piensa...

El auto arranca y se desliza bajo la noche clara, llena de estrellas y con aromas frescos de hierbas en verano.

¿Qué te pareció, Stravinsky? ¡A mí me encantó! Tiene suspenso, misterio... ¿Por qué me mirás así...?

Después de todo, ¿a quién se le ocurre pedirle opinión a un sapo?

Día 31

Marito vino al otro día y leyó atentamente.

Me sentía un poco incómoda. No quería mirarlo para que no se diera cuenta de que su opinión me importaba mucho, pero no podía dejar de espiar de costado. Estaba al acecho de sus gestos. Terminó después de una eternidad, dejó las hojas a un costado y me dijo:

—¿Esta es una historia para liberar a Georg? ¿Y la muerte? ¿Dónde está?

—¿Cómo “dónde está”? Los abuelos...

—Pero los abuelos ya estaban muertos desde hacía rato — me dijo—. Y de ellos ni hablás... No contás ninguna historia sobre la muerte, y mucho menos una que conmueva.

—¿Cómo que no? ¿Y a vos qué te parece lo de un tal... Marito? Yo creo que decir “muerto del susto” es poco.

— ¡Ja! Tenía ocho años cuando sucedió eso que te conté. Además, no fue así. Te dije que pasó a plena luz del día... Yo no hablé de resplandores, gritos o esqueletos... Y lo del pacto con el diablo... ¿No será demasiado!?

—Vamos a ponernos de acuerdo. La historia es tuya, pero si la escribo yo, te la robo. Es mía, y la cuento como quiero.

—No me parece. Tenés que respetar los hechos objetivos —dijo Marito.

Mirá, yo no soy periodista. Y, además, creo que las historias siempre cambian un poco según quién las esté contando. Depende del ojo que las mire, como quien dice.

—Lo que tenés que hacer no será periodismo, pero es historia, y a la historia hay que contarla tal como pasó.

— ¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué el tío Georg necesita que halle una forma de escribirla, que encuentre las palabras que atrapen la historia como una red en el mar, que invente el relato que le dé continente a esa historia líquida que se despachó? Te lo voy a decir: porque los hechos se acomodan entre el paisaje de las palabras.

Entendiste.

Repentinamente, clavamos los ojos sobre el bloc de hojas...

El tío Georg estaba ahí, escuchando todo. La lapicera al aire otra vez, trazando esa escritura exigua como espada sin espadachín.

Es preciso que remontes vuelo, así como decís. Pero esta versión es liviana.

—¿Cómo que liviana? ¡Desagradecido! Trabajé mucho para que...

Sí. Va a ser mucho trabajo: ya lo dije. Te metés con el miedo, pero apenas rozás la muerte. Necesito algo más comprometido.

—¿Más comprometido? ¿Te referís a algo morboso: asesinatos, charcos de sangre, gritos?

No me refiero a eso, pero no me parece mala idea proponerse contar una historia con cierto toque truculento.

Día 33

Esto es más difícil que lo que imaginé. Es raro: por un lado, el tío Georg dice que remonte vuelo, que tenga la libertad para poner pasión en las palabras; por otro, pretende que acomode la historia a sus necesidades. Como quien se compra un vestido y quiere entrarlo de acá, hacerle una pinza allá.

A ver, Stravinsky, tengo que pensar. Esta nueva sugerencia de sensacionalismo no me gustó nada. ¿Cómo escribir una historia macabra y no vomitar en el intento? La verdad es que no se qué contar, viejo. Vamos a revisar la lista de historias recogidas:

- *“Una visita a los abuelos”*. Con esta nos fue bastante mal.

- *“La casa de las banderolas”*. No hay ningún muerto real, y el tío está demasiado susceptible a los efectos especiales y los fantasmas falsos.

• “*El hombre del rostro azul*”. Esta es una verdadera chanchada.

• “*Ahogado en el inodoro*”. Ni hablar.

• “*El gato de Eugenia*”. A Marito no le va a gustar.

• “*Operación lagartija*”. A esta, mejor la tacho.

• “*La terrible historia del asesino serial de cascarudos*”.

Esta puede ser. Es bastante “descriptiva”. Si no entendí mal, el tío Georg quiere historias en que la muerte sea relatada en todo su esplendor, teniendo en cuenta al asesino, la víctima y todos los detalles del enfrentamiento. Sobre todo la víctima. El tipo defendiéndose, aferrándose con uñas y dientes a la vida. Sí, definitivamente, vamos a probar con esta historia.

Aclaración: prometí mantener en el anonimato la identidad del asesino, ya que brindó tan generosamente todos los pormenores de lo que voy a contar a continuación.

La terrible historia del asesino serial de cascarudos

El maldito asesino comenzó a pergeñar el plan en la soledad del baldío de enfrente. Todo empezó durante las apacibles tardes del verano. La idea cobró forma el día en que el pequeño malvado acarició con un dedo el lomo del bicho. Lo deslizó con suavidad hacia la cabeza. De improviso, y sin dar tiempo a reaccionar, el in-

fortunado menicue fue capturado por una terrible pinza en forma de alfiler de gancho. El dueño del dedo (a quien llamaremos Pérez, para despistar) pegó un alarido de dolor, a lo que su madre respondió:

—¡Pero nene! ¿Quién te manda meter el dedo ahí? Andá y mojate con un poco de agua fría...

El dolor se transformó en odio, y el odio, en sed de venganza. A partir de ese momento, su vida tuvo un solo objetivo: la aniquilación de esos bichos miserables.

Con el orden sistemático de una verdadera mente criminal, Pérez estudió a las criaturas aborrecidas. Las observó con detenimiento. Tomó registros, dibujando cada detalle. Una pared de su habitación estaba revestida de fotos y esquemas.

Buscó información precisa. En el diccionario de la Real Academia encontró:

“*Cascarudo*: Que tiene gruesa la cáscara.”

¿Te das cuenta, Stravinsky? Eso es lo que dice el diccionario. “Que tiene gruesa la cáscara”... ¡Una verdadera burrada! Según este libro, una nuez sería un cascarudo... y también un pomelo... ¡Hasta mi tío Amadeo entraría dentro de la definición! A ver...

Pérez no se conformó con esto y, con la perseverancia de un científico, buscó en una enciclopedia escolar:

“*Cascarudo*: Nombre con que se designa a varias especies de coleópteros.”

¡Ahí estaba! Lo tenía. Los desgraciados se ocultaban bajo nombres falsos.

"*Coleópteros*: Se aplica a los insectos cuyo primer par de alas es duro, resistente e impermeable y protege el abdomen, y cuyo segundo par de alas es membranoso y delicado."

¡Perfecto! Su mente perversa detectó la debilidad con el olfato de un sabueso. La maquinaria del plan se puso en marcha.

Escurridizo como una sombra, revolvió el cajón de la cocina hasta que encontró una jeringa vieja y comenzó el experimento mortal.

Tomó el primer prisionero. Le inyectó agua por el abdomen hasta que el bicho se infló como un globo... El animal movía las patas como loco, corría en círculos desesperados enfrentando la aguja enemiga. Finalmente, estalló en partículas de quitina...

Una y otra vez repitió...

¡Basta! ¡Qué horrible!, escribió la *otra* lapicera, sobre el mismo papel.

—¿Estás espionando, tío Georg? ¡Estás haciendo trampa! ¿No podés esperar a que termine? Así no voy a poder concentrarme. Me estás presionando...

Pero, ¡por favor! Este asesino es peor que el marqués de Branconi.

—¡Ja! Vos decís eso porque no escuchaste otras historias que tengo por ahí. Hay una de lagartijas... Alguien

las cazaba con una caña, aplastándolas por el medio, y luego intentaba coser el agujero... Asqueroso... Metía para adentro todos los chinchulines y las cosía utilizando el costurero robado a la abuela. En el fondo, tenía buenas intenciones... científicas... Influencias familiares, creo... Lamentablemente, todos los pacientes murieron.

¡Qué horror de persona!... ¿Quién puede hacer semejante cosa?

— No te gustaría saberlo...

Ya está bien. Ahora vamos a concentrarnos en el trabajo. Prometo no espiar más. Pero te pido, sobrina, que tengas en cuenta la sutileza que requiere el relato. Para elegir qué contás, y cómo.

Día 34

Stravinsky, estoy francamente desorientada. Me parece que voy a renunciar. No sé cómo explicarle al tío, pero no encuentro la manera de contar una muerte con todos los ingredientes que está pidiendo.

¿Qué me querés decir con esos ruidos, Stravinsky? ¿Te parece que tengo que hacer un último intento? ¿Vos pensás que la historia del gato de Eugenia puede servir?

No, no digas nada, amigo sapo. Ya van a venir Marito y tío Georg a despacharse con el rosario de observaciones... Van a decir que es ligera, que su historia no trata sobre un gato (seguro que el tío va a decir eso), "O acaso me viste cara de gato"... Y yo le voy a contestar, ¿sabés qué?: "¡No te vi cara de nada, porque no tenés cara!".

¡Y ya me enojé, con solo imaginar los comentarios!

*Me pareció muy interesante cuando la escuché,
escribió la lapicera. Aunque es verdad que no soy
un gato, me pareció bien. Yo probaría con esa.*

Ahí estaba. Había escuchado el cuento de mi amiga. Y claro, a lo mejor se pasaba todo el tiempo husmeando sobre las hojas de papel, flotando sobre las conversaciones ajenas, acechando para ver cómo iba, como quien espera que madure una fruta en el árbol.

*De todas maneras, quisiera darte un consejo, si me
permitís... Podrías intentar incluir más al muerto
darle una identidad más definida.*

—Pero tío, si yo hago eso va a ser un relato muy triste, una tragedia...

*Siempre podés jugar y reírte de las cosas difíciles
de decir...*

—¿Te parece?

Claro. Con probar no perdemos nada.

No quise esperar: enseguida puse manos a la obra y salió este nuevo ensayo.

El gato de Eugenia

La nuestra es una familia como cualquiera. Somos cinco: Alejo, Julián y Manuela (los chicos), Eugenia Miranda (yo, la mamá) y Rufus Friedman (nuestro gato anciano). Bueno, esta era nuestra familia hasta hace unos días, cuando ocurrió lo que voy a contar.

Pasó así.

Viernes por la noche. Tenemos que ir al cumpleaños de la abuela y pensamos quedarnos hasta tarde. El viejo Rufus ya no está para esos trotes. Además, siempre ha sido muy estricto con sus horarios y sus rutinas, aborrece la coca-cola y las muestras exageradas de alegría. Y está el pequeño detalle de que la abuela... es alérgica a los gatos.

Hay que aclarar: Rufus Friedman siempre fue un lord inglés, la corrección y la prestancia hechas gato. A pesar de los achaques, que comenzaron al perder la sexta vida, paseaba con dignidad su cuerpo añoso, bastante apolillado. En el último tiempo casi no comía, no tenía con qué. Sorbía leche de un tazón, aunque sin hacer ni un ruido desagradable. Era de una educación que no tenía límites. Tampoco veía nada, aunque se hacía el disimulado. Y para qué hablar de su sordera: era una tapia... Saltar, saltaba, aunque nunca se podía anticipar dónde caería. En fin, todos sabíamos que nuestro gato anciano estaba en las últimas.

Pero no imaginábamos que su fin llegaría de esa manera.

Sigo.

Sábado, 2 de la mañana. El cumpleaños estuvo bien, pero es tarde. Hay que volver. El barrio está todo oscuro. Los chicos están dormidos en el asiento de atrás. Abro el portón. Acelero para entrar y... paso sobre algo. ¡Otra vez me dejaron tirada la manguera!

Después, cuando quiero regar, salen chorritos de todas partes, menos de la punta. No, no, la manguera no fue, ahí la veo enroscadita donde debe estar...

¡El señor Rufus...!

Imposible. Jamás estaría despierto a esta hora, y menos paseando por el jardín... El viejo Rufus debe de estar tirado en el almohadón de la ventana de la cocina, correctísimo en su sueño.

Los chicos entran y se acuestan. Siguen durmiendo. Voy a tener que ir a ver... ¡El señor Rufus no está en su ventana! ¡Asesiné a Rufus Friedman!

Salgo corriendo y veo, a unos metros de la cochera, algo como... ¡una foca! No puede ser... Las focas viven cerca del mar. Por acá hay solamente un río del que, con suerte, puede salir una vieja del agua... Y una vieja del agua no es... Más bien, parece un viejo que odia el agua.. ¡El viejo Friedman! ¡No puede ser! ¡Qué tragedia! ¡Qué espanto!

Pero, ¿qué hacía Rufus a estas horas? Sabía que esa era su última vida... Conocía la cantidad de achaques que tenía...

¡Se tiró! ¡El muy ingrato quiso decidir hasta la forma de irse! ¡Artero! ¡Tan de él, tener todo planeadito! ¡Y me deja a mí como la asesina, el muy desagradecido! Porque los chicos, cuando se enteren, me van a mirar con esos ojos de "Mamá es una bruja".

Esto no se lo perdono, que no haya pensado en mí. Además, si le pareció que era una forma digna de ocu-

par el panteón de los gatos insignes, es porque no imaginó cómo iba a quedar: ¡como foca despanzurrada!

No puedo permitir que los chicos sepan la verdad, viejo Rufus. Vos disculpame, pero vamos a olvidarnos de la tumba. Sería muy evidente la identidad de su ocupante. Ni mármol, ni florcitas. Vamos a tratar de pasar desapercibidos.

¿Qué tal una caja de zapatos? ¡¿No me digas que no te parece honorable?! Tengo una que es de lo más paquete, la de los zapatos italianos ¿Te acordás? Esa que intentaste ocupar un par de veces y yo te saqué a los gritos. Bueno, ahora te la doy. De vivo, entrabas lo más bien... ¿Cabrás ahora?... Probemos. ¡Fantástico! Estás de lo más sofisticado, con esos ribetes dorados que tiene la caja en el costado... ¡Ay, no, que la ensuciás...!

Perdón, Rufito, soy una bestia. Es que esa caja me gustaba tanto... Bueno, esperá, lo vamos a solucionar así... Vamos a buscar una caja más sólida, aunque no tan exquisita, para poner esta adentro. ¿Te parece? Así no hacemos enchastre, que es una cosa que no nos gusta a ninguno de los dos. Ahora, ¿dónde conseguimos una caja dura? ¿Se te ocurre algo?... Es una pregunta retórica, ya sé... ¡Ya sé! Uno de los cajones de plástico de la heladera; por ejemplo, el de la fruta... No, la verdad es que las frutas no te gustaban mucho, sobre todo después de perder el olfato... ¡El de la carne! Ese. Mirá cómo te lo lavo, está quedando impecable.

Bueno, ya está. Ponemos la caja y... quedaste bárbaro. Ahora, escuchame bien, con esa tranquilidad tan conveniente que mostrás: hay que ponerte en una bolsa de basura. Pero no te preocupes, es extremadamente sobria. Negra, con un brillo satinado. Espero que te guste, porque es imprescindible, Rufus. Así, mañana temprano, un camión enorme, con un séquito de por lo menos tres señores uniformados, pasa y te conduce hasta tu última morada.

Bueno, ahora te dejo acá, en tu pilar favorito, justo al lado del portón. No te preocupes por el rocío, que estas bolsas son absolutamente impermeables.

Chau, Rufus Friedman, chau.

Aunque me costó un poco conciliar el sueño, me dormí pensando en lo digna que había sido esa transición de Rufus hacia las próximas siete vidas celestiales. Así que bien podía decirles a los chicos que el querido Friedman había ido a encontrarse con sus pares selectos en una reunión cumbre de gatos ilustres. Lo que, pensándolo bien, no distaba mucho de la verdad... ¿Quién dice que en este momento no está conferenciando, allá arriba, sobre la importancia de cultivar los buenos modales?

Sábado, 10 de la mañana. Los chicos se levantan para desayunar. Mientras preparo las cosas en la cocina, veo por la ventana el bulto negro... Qué raro que los basureros todavía no hayan pasado. Bueno, habrá que esperar...

Pongo todo sobre la mesa y los chicos me preguntan por el viejo Rufus: siempre tenía su tazón allí. Me despacho con la historietita del congreso gatuno, subrayando las palabras: "gatos importantes". Los chicos me escuchan sin decir nada más y se van a jugar. Bueno, después de todo, mejor el desinterés.

Ya son como las 12, hace un calor espantoso. Los basureros todavía no pasaron... ¿Por qué? La bolsa parece inflada; claro, adentro deben de haber fermentado las pasiones de Rufus...

La ventana se volvió mi obsesión. Toda la tarde aniquilando la bolsa con la mirada, pero sigue ahí.

—¡Cuidado, chicos! —En cualquier momento, la botan de un pelotazo y desparraman toda la verdad por el piso. No, no es que yo haya mentido. No fue eso, sino que lo expliqué con una versión más reconfortante.

Sábado, medianoche. ¡Sí! ¡Las 12 de la noche y yo sigo esperando el condenado camión de la basura!

Jamás pasó. Los basureros están de paro, lo escuché en las últimas noticias, o las primeras, ya ni sé.

Domingo. Todo igual, por supuesto. La bolsa comienza a lanzar efluvios desagradables.

Lunes. ¡Nada! Siguen de paro, los desgraciados, con tanto servicio fúnebre doméstico en suspenso.

Martes. Un mosquerío infernal (perdón, Rufus; lo de infernal no es por vos). Estoy bizca de mirar la bolsa.

Ya está. Me voy a la cama. Compresas de agua fría sobre la frente. No me importa más... Logro cerrar los

ojos, cuando en ese momento entran los chicos como una tromba.

—¡Mamá, mamá! —me dice Alejo—: por fin pasó el camión de la basura y se llevó la bolsa negra con el Rufus adentro.

Los miro con ojos desencajados:

—¿¿Quééééé??

Manuela le pega un codazo, y Julián rectifica.

—Quiere decir que acaba de pasar el camión que llevó al señor Rufus Friedman a la conferencia de gatos importantes. ¿Estás más tranquila ahora?

—¡Tíííooooooooo! ¿Estás por ahí? ¿Qué te pareció?

Interesante. Claro que, tratándose de un gato que apenas conociste, la tarea no era demasiado complicada.

—Pero, ¿quién te creés que sos? Yo te voy a decir que a mí me parece mejor que eso, y, para que lo vayas sabiendo, a Marito se le escapó más de una sonrisa mientras lo leía. Ahora, viejo soberbio, amigo de Goethe y todas las celebridades juntas que se te ocurran, te aviso que no escribo más. Me harté. Metete en ese reloj y no salgas por unos días. Hasta que se me pase la rabieta.

Día 35

Necesitaba pensar en otra cosa. Desde la irrupción del tío Georg en mi vida no había hecho más que trabajar para él. ¡Esclava de un señor así que ni siquiera podía ver! ¡Yo, una chica de estos tiempos! Supuestamente, dueña de mí misma y de mi vida. Permití que se instalara así, sin más, y se tomara el atrevimiento de decirme lo que tenía que hacer. ¡¿Cómo lo dejé?! ¡¿Cómo pude ser capaz de semejante estupidez?!

Caí en su trampa. Tenía que reconocerlo... Con argucias de zorro viejo, me engrupió pidiendo ayuda, contando su historia patética y languideciendo, con esos trazos de mosquita muerta, y en cuanto agarré la lapicera, ¡zas!, arremetió de jefe. Por el momento, no pensaba capitular. Las relaciones estaban definitivamente cortadas. Que viniera de rodillas pidiendo por favor, y entonces íbamos a ver si se me ocurría escucharlo.

Día 36

Estaba dispuesta a retomar mi misión, la propia: la conquista de la casa había quedado en suspenso, y ya era tiempo de seguir.

Después de la caída de los trescientos años Tobler sobre mi cabeza, había descubierto que la herencia estaba llena de sorpresas. Sobre los placares había unos bauleros. Sitios altos y oscuros que todavía no había visitado. Comencé por el del pasillo. Esta vez, tuve la precaución de buscar una buena escalera.

Encontré trastos viejos y una caja, que bajé cuidadosamente. Sentada sobre el piso, la abrí y descubrí unos álbumes de fotos. Esperaba algo así. Eran retratos de principios del siglo pasado. Mujeres con rostros retocados, chicos entre volados y puntillas... Me detuve en una foto con toda la familia. Eran muchos. Todos alrededor de los bisabuelos Federico y Lina en una galería

llena de plantas que... ¡era mi galería! También encontré una foto de la tía Dorotea jugando al tenis, encapuchada en un sombrerito de los años 20 y con una falda deportiva que le tapaba las rodillas. ¡Un derroche de modernidad!

En eso estaba cuando Marito se asomó por la ventana del frente. Terminamos de verlas juntos, y se nos ocurrió armar portarretratos para poner en el mueble del espejo en forma de luna. El de la entrada. Bien cerca del reloj. Justo al alcance de un soplo.

Quedaba un baúl pesado por abrir. Estaba apoyado contra la pared del fondo del placar. Lo arrastramos hacia afuera con cuidado, quitamos las trabas y nos encontramos con ropa doblada y lista para acompañar a su dueña en algún viaje. Así debe de haber llegado desde Zurich un siglo atrás... aunque la ropa que estábamos viendo no era tan antigua... Seguramente había pertenecido a tía Dorotea en su juventud.

Marito hizo un guiño picaresco y sacó un corsé rosa. Era de esas telas gruesas, con una especie de estampado satinado y un cordón chato y larguísimo que colgaba de los ojalillos. No pude vencer la tentación y me lo probé sobre la remera. ¡Vaya tallecito el de la tía! Marito intentó ceñirlo, pero mi cintura se ajustó como un matambre y sentí que me faltaba el aire. También encontré una malla de baño de algodón negro que tenía un corpiño como cucurucho. ¡Pobres mujeres! ¿Cómo harían para andar por la vida con tanto armazón a

cuestas? Hacia un costado había una bolsita llena de palitos blancos, que resultaron ser las "ballenitas" que mantenían todo en su lugar una vez puesto... el corsé, por ejemplo. ¡Por eso tienen esas caras de acorazados, en las fotos! ¿Cómo vas a hacer una sonrisa, si estás así de apretada? Si algo se les caía al piso, recogerlo era un acto temerario.

En fin, terminamos de sacar todo entre risas y chistes que no le hubieran hecho ninguna gracia a Dorotea. Encontramos su vestido de comunión, que más bien parecía de novia, con tantos bordados y puntillas; y también una pequeña bolsita de la misma tela, que era un primor y la saqué, pensando que ya le encontraría algún lugar.

Podíamos ver que la tía había sido una mujer coqueta, por la cantidad de trajecitos y vestidos de broderí, seda o brocato. Debajo de las prendas exquisitamente preservadas vimos un pequeño folletín. Era un catálogo para compras por correo de la tienda Gath & Chaves, con cada traje dibujado, numerado y con su nombre. Imaginamos a Dorotea eligiendo el modelito.

Finalmente, encontramos unas carpetas de hilo tejidas primorosamente, visillos, pasamanería y mil chucherías más que desparramamos sobre todos los muebles, especialmente sobre el modular donde estaba el reloj.

Más tarde, llegaron Eugenia y los chicos y... ¡cómo ignorar ese pequeño tesoro descubierto! Organizamos

un desfile, por supuesto en honor del tío Georg, y pusimos la pasarela en el living. Hasta incluimos la peluca y todo.

Bien, bien tarde, los vecinos se fueron.

Decidimos con Marito que todo el despliegue lo dedicábamos al tío Georg... para hacerle la eternidad más agradable; y yo podía sentirme libre de culpa y cargo. Concluimos el ritual cerrando la puerta del living. Entonces, regresamos cada cosa a su sitio.

Día 37

Me desperté con ganas de salir al mundo. Me gustó la idea de sacudirme un poco el polvo de tanta historia familiar. Cambiar de clima, oxigenar las neuronas. Demasiado encierro obligado, para mí.

Asomada por la ventana, vi la avenida que pasaba por la esquina. Imaginé cómo se perdía a lo lejos y se sumergía en el corazón de la ciudad. Allá, donde las casas se iban juntando y estirando como para tocar el cielo, hasta transformarse en enormes bloques de cemento. Me acordé de mis antiguos amigos: parecían tan lejanos en el tiempo... Hasta el recuerdo del viejo y estrecho departamento me producía cierta nostalgia.

Además, había una excelente excusa para salir: el dinero del sobre se estaba terminando. Habían pasado más de treinta días, así que tenía que hacer una visita al doctor Iturriaga. Por otra parte, era tiempo de hacer

una llamada a mis padres y retirar el depósito de mi cuenta en el banco.

Desayuné, me arreglé y salí caminando hasta la parada del 50. Me sorprendí saludando a cada vecino que cruzaba. Eché una última mirada a la casa de la tía Dorotea, que había recuperado su dignidad de paredes blancas y canteros con pensamientos.

Bajé en el centro de la ciudad. Empecé a caminar despacio, disfrutando. Iba bordeando la cañada, a lo mejor para no tener que apurarme. Esquivando los troncos gruesos de las tipas, asomándome sobre el muro de piedra para ver el hilo de agua allá en el fondo, y tropezándome a cada rato con las baldosas levantadas.

En algún momento apareció la calle Rivadavia justo delante de mis ojos. Esta vez caminé con toda tranquilidad hasta el número 21. Me paré delante de la puerta del estudio jurídico y llamé. La secretaria me atendió con amabilidad y me acompañó hasta la oficina del abogado.

—Ahhh, señorita Tobler —dijo apenas me vio entrar—. Me parecía raro que no viniera. Ya estaba temiendo que hubiera desistido de la empresa. ¿Cómo está todo en su nueva casa?

El tipo me miró con aquella sonrisa burlona. ¿Sabría algo? No. No era posible que el abogado supiera de la existencia del tío Georg. Sin embargo, ese gesto...

Todo está muy bien en casa. Le manda saludos el fantasma, y promete venir a visitarlo —contesté, devolviendo el tonito irónico.

El doctor Iturriaga se despachó con una carcajada ruidosa.

—Usted sí que es una chica interesante. A pesar de tener que guardar un secreto, veo que no ha perdido el sentido del humor, señorita Tobler.

¡Patán!, pensé, no tiene la menor idea. Levanté el sobre del escritorio y salí después de un saludo apresurado. Desde el pasillo escuché que me esperaba dentro de treinta días para retirar la próxima y última asignación de dinero.

Caminé hasta mi departamento. Entré por el pasillo hasta el final. Las hojas secas crujieron bajo mis pies. Me encantó. Unos cuantos papeles amontonados, que no eran cartas, me trajeron a la realidad. Tenía cantidad de cosas que resolver antes de regresar a la casa de la tía Dorotea. Armé un bolso enorme con ropa, libros y objetos que quería tener conmigo. Más tarde volvería a buscarlo. Después pasé por el banco y hablé por teléfono. Tuve la charla habitual con mi mamá: “Todo bien. Sigo pensando. Algo voy a estudiar”; de esas que no dan lugar a ninguna información disparatada sobre una herencia, ni admiten la mención de tías abuelas chifladas. “Cuando me decida te llamo. Chau”.

Me apuré para terminar con los trámites. Después pasé la tarde viendo a mis amigos. Y también la noche. Cuando me di cuenta, eran casi las 12. Me fui a buscar el bolso al departamento y me tomé un taxi de vuelta al barrio.

Hola, Stravinsky, ¿cómo estás? Perdoname por llegar tan tarde, ¿me extrañaste mucho? Pobrecito, seguro que te aburríste como un hongo. No tenía intenciones de dejarte solo durante tanto tiempo, aunque el traidor en este caso es Greenaway. ¡Bicho insensible! Irse detrás de la lora de Eugenia sin una despedida como la gente. Al menos podría venir a visitarnos de vez en cuando... Hoy, por ejemplo, que buena falta nos hubiera hecho un poco de compañía para vos. Vamos a disculparlo solamente porque sabemos los motivos que lo impulsan... ¡Ah! El amor, Stravinsky.

La verdad, no pensaba llegar tan tarde, pero salí de visita. Y debo confesarte que fue una rara experiencia. Cada vez que llegaba a la casa de alguien, todo empezaba perfecto. Está bueno extrañar un poco, porque se disfruta el reencuentro. Pero... esto del secreto, viejo, ya me tiene podrida. Yo arrancaba preguntando, hasta ahí todo bien, pero cuando llegaba mi turno de responder... tenía que ponerme a esquivar temas. No te imaginás la cantidad de veces que estuve a punto de meter la pata. Si hablaba de Marito, enseguida hubiera tenido que explicar dónde lo había conocido; ni hablar si mencionaba la casa. En fin, al cabo de un tiempito, la visita se convertía en una pesadilla armada para hacerme pisar el palito. Así que al final decidí cortar por lo sano y abreviar los encuentros. Fijate que de todos modos me quedaron un par de amigos en el tintero.

¿Sabés qué les respondí cuando preguntaron dónde estaba? Les dije que tenía que cuidar a un tío abuelo muy viejito. Un trabajo temporal, expliqué. ¿Qué te parece? No será la verdad, pero se acerca bastante, ¿no?

Bueno, Stravinsky, es tardísimo, me voy a dormir, porque fue un día movido y me muero de cansancio.

Me fui a la cama segura de caer en un sueño profundo y calmo... pero no pudo ser.

Un quejido lejano atravesó las puertas cerradas y se metió bajo la almohada. Ahí, donde estaba mi cabeza. Di vueltas tratando de concentrarme en el sueño, de esquivar el ruido, de no hacer caso a semejante provocación.

Estaba segura: el tío Georg, desde su reloj, había retomado las negociaciones a su manera. Y venía con artillería pesada. El chillido insoportable era indiferente a los tapones de algodón, ya lo había intentado. La letanía raspaba las paredes con punta de tiza, en un atormentante ruido agudo.

Me levanté enfurecida y fui derecho para el living.

--¡Georg, sos un fantasma totalmente insoportable!

—grité, y me detuve en seco.

Apoyada contra el marco de la puerta para no caerme, contemplé el resultado de un terremoto dentro de la habitación. Todo estaba tirado por el suelo. Las fotos y los mantelitos, los paraguas abiertos flotando contra el cielo raso, mis plantas favoritas mustias y ennegrecidas... ¡un horror!

—¿Qué te parece? ¡Veo que aquí adentro se desató un huracán! —rugí, furiosa—. ¡Estás jugando sucio, tío! Te aviso que así no vas a conseguir nada bueno...

El quejido rebotó contra las paredes desnudas. Únicamente quedaba el cuadro colgado. El chillido se enroscó por los rincones, deteniéndose frente al espejo, a pocos pasos de donde estaba yo, y con un lápiz delineador escribió:

Languidezco de amor por María Antonieta...

— Sí, sí. Me acuerdo del tema. Pero estos berrinches de nene malcriado andá a hacérselos a otro. A mí, con esto no me...

La escritura siguió:

Tengo todo el tiempo del mundo y más. No padezco la prisa de los mortales. Podría repetir un acto cualquiera hasta el infinito sin angustiarme.

La muerte no tiene ningún peso para mí.

—Mirá, tío, vamos a poner las cosas en claro. La muerte tiene para vos tanto peso, que es lo único que te importa. Ahora, yo tengo que seguir mi vida. Si por esas cosas te puedo ayudar, fantástico. Pero vamos a acordar ciertas condiciones para el entendimiento. No más boicot de fantasma trasnochado, y ya que el tiempo no te importa en absoluto, vamos a tener paciencia. No me apure si me quiere sacar buena. Otro detalle: no me gusta que uses mi lápiz delineador para escribir en los espejos. Ahora necesito dormir, descansar. ¿Te acordás? Es algo que la gente hace para recuperar

energías... Ah, me olvidaba: cuando me despierte, quiero ver este lugar como si nada extraño hubiera pasado. Especialmente a mis plantas.

Día 38

Afortunadamente, el tío entendió el mensaje. Pude dormir un montón de horas sin nada que molestase mi sueño reparador.

Me despertaron unos timbrazos insistentes, seguidos de golpes sobre la puerta.

—¡Ya val! —grité, mientras me calzaba el pantalón a los apurones, sin saber bien si estaba dormida o despierta, si era de día o de noche, si estaba en el año 1700 o en el 3000.

Cuando logré llegar a la puerta vi a Eugenia. Tenía un gesto trágico, y traía algo entre las manos...

Día 39

¡Ay, mi querido amigo Stravinsky! Ha ocurrido algo inesperado. No sé cómo decírtelo, así que voy a aprovechar los consejos del tío Georg y te lo voy a poner por escrito. De paso, retomo el “trabajo”. Me va a venir bien. Con esto que pasó, me olvidé de la bronca que me dio ese vejete engrupido y fanfarrón. Después de todo, realmente vivió en medio de la literatura. Aunque más no fuera por contagio, algo tiene que haber aprendido, el viejo.

Mal de amores

Greenaway vino despacito y se instaló en nuestras vidas.

El tipo siempre fue alegre, parloteando sobre el bananero, aleteando entre los muebles. Vaya a saber

cómo llegó hasta aquí, si era del campo o se escapó de alguna jaula. Pero enseguida fue parte de la familia. ¿Te acordás de cómo picoteaba el vidrio para entrar, aquel día de frío terrible?

Hay que recordar que fue gracias a él que descubrimos la historia familiar.

Era realmente extrovertido, por eso no esperaba algo así. En cambio, vos, Stravinsky, con ese carácter taciturno que tenés, esa melancolía extraña que convertís en música... A lo mejor, si te hubiera pasado a vos no me hubiera sorprendido tanto.

¡No! No quiero decir que te tendría que haber pasado a vos, si sabés cuánto te quiero, por más sapo que seas... Solamente digo que a Greenaway no debió haberle sucedido.

Nuestro amigo era un loro hecho y derecho. La diversión de la casa, hasta que apareció esa... esa... ¡pajarraca!

¿Te diste cuenta de que la descubrió antes que nosotros? ¡Claro! Fue por eso que un buen día se instaló en la medianera y estaba dele relojea para el otro lado. La miraba y suspiraba hasta quedar desinflado. Y ella, nada. Se hacía la misteriosa, la interesante.

Después conocimos a Eugenia, él aprovechó y se acercó. Me acuerdo de cómo miraba a esa lora, con los ojos que parecía que le salían fuegos artificiales. Pero ella lo ignoraba por completo. Te lo juro, Stravinsky: le rompió el corazón con un puñal de hielo.

El pobre loro se puso más verde todavía, de esperar lo imposible.

¿Te acordás de la mañana en que decidió mudarse? ¡Tenía tanta ilusión! Hasta soñaba con casamiento... Armó su atadito de lechuga y atravesó la medianera en un vuelo de antología.

¿Para qué, me querés decir? Para vivir más de cerca los desplantes venenosos de esa pajarraca horrible. Porque yo no sé qué le vio... Con ese pico torcido, color naranja furioso. Complejo de pájara pituca tenía, cantando con esa voz chillona. Una verdadera loca, que solo tenía ojos para el canario de la señora Baldacci. Igual, vamos a ver qué hace ahora que el pequeñín no le da ni la hora. Que sufra en carne propia lo que le hizo al pobre Greenaway.

La última vez que lo vi me pareció bastante desmejorado... pero de allí a imaginar que tomaría semejante decisión, siglos de distancia.

Eugenia me contó cómo fue. Estuvo varios días cabizbajo, creo que ya había comprendido el tamaño de la ingratitud de la pájara. Él, igual, seguía amándola, en silencio.

Casi no comía, apenas si picaba unas puntitas de zanahoria.

Aquella mañana fatal, Eugenia tenía que salir a hacer unas compras, y la caradura de la pájara intentó meterse en un bolsillo para espiar al canario. Eugenia la descubrió, la sacó y la dejó con energía sobre la

mesa, advirtiéndole que ese era su lugar de lora y que no tenía que andar ventilándose por ahí. Entonces, parece que la bicharraca, enojada, se la agarró con el único que pudo: el santo de Greenaway. Y le cantó las cuarenta... Las cuarenta maldades que se le vinieron a la boca: que no era digno de ella, que jamás podría siquiera pensar en acercársele, y así siguió un buen rato, con su pico de lora.

Fue demasiado para nuestro amigo. El pobre debe de haber estado desarmado para hacer lo que hizo.

Estuvo un rato parado en el estante del lavadero, mirando los movimientos absurdos y envolventes del lavarropas, y se tiró.

Se arrojó en picada desde el trampolín del quitamanchas. Calculó bien: cayó justo al medio y al fondo. Lo encontraron impecable, enganchado entre unas medias y un corpiño.

Eugenia estaba muy triste y se sentía culpable por no haber bajado la tapa. Pero, ¿qué querés que te diga, Stravinsky? Yo creo que toda la culpa es de esa pajarraca presumida.

Día 42

Marito no podía creer lo de Greenaway. Fue difícil, y el tema nos mantuvo ocupados durante los días siguientes. Pensamos mucho en el tío Georg y las consecuencias de su fatal decisión. ¿Y si nuestro loro se convertía en espectro? ¿Si en su vida había imaginado grandes obras, empresas fabulosas? ¿Si había reservado para sí un destino de esplendor que quedó trunco en el lavarropas?

En algún momento creímos sentir su presencia, como hálitos de alegría soplando sobre el muro del fondo. Imaginé que podía ser su almita verde la que brotaba enroscada sobre la pared en forma de enredadera.

Estas ideas rondaron sobre nuestras cabezas una y otra vez, hasta que decidimos salir a tomar un poco de aire. Fuimos al quiosco, pero todo nos recordaba a Greenaway. Dimos unas vueltas por el barrio y terminamos

en la casa de Eugenia. Mi amiga preparó unos mates y puso música suave, que escuchamos sentados afuera bajo un cielo de glicinas. Entonces, las tristezas se acortaron con las palabras que iban y venían. Eugenia habló de sus viajes, con esa voz suavcita y el pelo largo que se le venía sobre la cara. Habló del padre de los chicos, que seguía en México. Nos divirtió con cuentos de ánimas y aparecidos del Norte, sobre algo que llamaban “alma mula”, que perseguía a la gente por la noche. Contaba lindo Eugenia, envolvía con la voz.

Al rato llegaron los chicos, y con ellos, el recuerdo de los cuentos sobre las últimas locuras de nuestro loro.

Así compartida, la pena se hizo más suave, y entre amigos nos sentimos mejor.

Cuando llegamos a casa advertí que estaba distinta. No sé... Había algo en el aire, en el ambiente... Faltaba esa especie de tensión habitual...

Enseguida pensé en el tío Georg. Era su presencia la que no se percibía. Tuve la sensación de que mi casa, ahora, era una casa común, como cualquier otra.

Despedí a Marito y corrí al living. Miré detenidamente y me pareció que cada cosa estaba en su lugar, demasiado en orden. Me paré frente al reloj, que latía con corazón de bronce y una calidez desconocida. Lo di vuelta y abrí la puertita, pero nada...

¿Es que mi fantasma se había ido? ¿Se había mudado a otro lugar? ¿Tan mal había tratado al tío, para que decidiera abandonar su refugio de siglos?

Corrí al escritorio y vi el bloc intacto, con la lapicera a un costado, inmóvil. En la cocina, ningún aroma especial flotaba en el aire. Esa normalidad me crispaba. Me puse a revolver rabiosamente el cajón de la mesa, saqué la libreta de las recetas y revisé las hojas al vuelo, pero era como una libreta cualquiera... No podía ser, no...

Corrí al living nuevamente, iluminada por una idea. Me subí al estante empotrado de la pared, allí donde había encontrado el estudio histórico de la familia. Estaba segurísima de que el viejo tramposo se había ocultado en ese lugar... Haría cualquier cosa para darme un susto y convencerme de continuar con los ensayos.

Subida a una torre improvisada de silla sobre mesita de luz, pasé la mano sobre la superficie, pero lo único que tanteé fue una inofensiva capita de polvo.

No había soplo helado, ni siquiera una brisita suave de primavera.

Me senté junto a la mesa y di rienda suelta a tantas lágrimas amontonadas. Estaba enormemente triste por el final de mi loro... y ahora, lo de Georg...

Había fracasado. No solo no pude escribir su final tan anhelado: tampoco pude protegerlo, ayudarlo en su situación. ¡Fui de lo peor! Lo había expulsado de su hogar y le había quitado su única esperanza. Lo condené al exilio y a la soledad absoluta.

Con la cabeza entre las manos, solté sollozos recientes, nuevos, medianos y viejos, que se mezclaron con las

lágrimas y los mocos y... para qué seguir describiendo, mi rostro era un verdadero enchastre. Tuve que levantar la cara para poder respirar y secarme con un pañuelo que afortunadamente pendía a mi lado, suspendido en el aire.

¡En el aire!

¡Ofrecido por nadie, que no podía ser otro que el mismísimo tío Georg!

Di un salto de alegría, sacudí mi pañuelo al viento, me abracé al reloj.

Sin ninguna necesidad de guía flotante, me fui derecho para el escritorio, segura de encontrarme con los trazos del tío. Sí, ahí estaban. Leí:

Estoy dispuesto a esperar, como me pediste, y pensé que querías que mi presencia fuera imperceptible.

—Bueno... Sí, es verdad —admití— Pero no me había dado cuenta de cuánto me acostumbré a ustedes. Quiero decir: a la casa, a Stravinsky, al pobre loro, y hasta a vos. Aunque parezca mentira, tus quejidos herrumbrados ya son parte de mi vida. Yo no te pedí que te fueras, ni siquiera dije que no terminaría con la tarea que me pediste... Pero...

Sobrina, aunque quisiera, no podría irme. No hay forma de desligarme del reloj sin el conjuro de un final escrito. Y a esto quería llegar...

—Tío, dijimos que nada de presiones...

Se trata de lo que escribiste sobre Greenaway.

—¿Mi loro?

Sí. Debo reconocer que sentí que estábamos muy cerca del momento tan esperado por mí.

Casi me pareció que experimentaba algo similar a la pena... Aunque ya ni la recuerdo. Fue como si me viera en el espejo del pobre animal, atrapado en una encrucijada de amor... Salvando las diferencias, claro.

—¿Te pareció bien el cuento sobre mi loro? ¡Increíble! Te puedo asegurar que mientras lo escribía no estaba pensando en dejarte conforme. No quería llegar a ningún lado, simplemente puse por escrito lo que había pasado... No sé, para entenderlo mejor, para digerirlo, si eso fuera posible...

Es el espíritu que quiero en mi final. Lo que salga de ese dejarse llevar.

—¿Entonces? —pregunté.

Entonces, llegó el momento.

Lo vi clarito sobre el papel: "llegó el momento".

La palabra "momento" se agrandó ante mis ojos como un cartel luminoso. Me llenó de miedo. ¿Cómo había llegado? Yo sentía que me faltaban siglos para estar preparada.

¿Cómo escribir el final que devolviera al tío Georg la existencia perdida siglos atrás, su identidad en el recuerdo? ¿Sería capaz de crearlo? Me parecía tan difícil. ¿Quién sería el juez que daría semejante veredicto? ¿Quién decidiría sobre la versión correcta...? El tío, claro. ¿Quién más...?

Él había dicho que yo tendría que conmover a un fantasma. También había dicho que él ya no tenía pasión, ni deseo. Entonces, ¿cómo podría conmoverse realmente? Se lo pregunté.

Vamos a confiar en el poder de las palabras, me contestó.

Una respuesta tan enigmática como seductora, que me apartó del camino de la argumentación para arrojarme nuevamente a los brazos de la maravilla. Me dejé ganar por la confianza... la confianza en las palabras.

Día 43

Esa mañana, el timbre sonó temprano, cuando recién había salido el sol.

Abrí la puerta de mi casa y miré la entrada. Me asomé pero no vi a nadie. Casi por costumbre, revisé el montón de hojas secas arremolinadas en el piso y comprobé que tenía una carta. Había aterrizado en mi umbral.

Entré y me preparé un té bien caliente (sigo creyendo que las sorpresas en ayunas caen mal).

La carta era de Marito. Mi amigo, mi compañero en esta hazaña, el testigo en la conquista de esta historia, había pasado seguramente antes de ir al quiosco y la había dejado.

Abrí el sobre y saqué un papel con una hoja de trébol. Era morada y tenía cuatro hojas. Abajo decía:

Nos vemos cuando termines. ¡Suerte! Mario.

Esa era una verdadera carta.

Marito se había dado cuenta... El momento crucial había llegado, y la que tenía que dar el salto al otro lado era yo. Y ahí estaba, esperando.

Aproveché el madrugón y comencé con los preparativos. Leí detenidamente el estudio completo de la historia familiar traducida por el bisabuelo Federico. Me llevó un buen rato. Después, busqué un mapa de Suiza y algunas fotos.

En algún momento sentí que estaba quedando atrapada en otras redes. Entonces, lapicera y papel en mano, me dispuse al trabajo. Sentada frente al mueble del reloj, pregunté.

—¿Dónde está la pluma con la que tengo que escribir?

No me sorprendió que nadie contestara. Tampoco me llamó la atención que de repente entrara levitando el escobillón y se apoyara contra el cuadro. Intuitivamente, me senté en el sillón de terciopelo azul. Miré el paisaje con el molino, el río y los animales. Era interesante, pero no era una obra de arte.

El escobillón golpeó tres veces contra el marco...

—Ahhh, ya sé. Detrás del cuadro hay una caja fuerte, y allí dentro está la pluma, guardada como si fuera un tesoro familiar —lo dije con tanta seguridad, que no pude ocultar mi asombro cuando, al levantar la pintura por el costado, vi solamente la pared blanca y lisa.

—¿Entonces? —pregunté.

El escobillón volvió a golpear el marco del lado de afuera.

Volví a sentarme en el sillón azul y recorrí cuidadosamente el cuadro. Vi los colores azules y grisáceos, vi la rueda del molino correr con el agua del arroyo, y vi una firma.

¡Claro! Abajo, hacia un costado, decía "Johannes Tobler". Era el autor del cuadro.

Recordé que había leído que el padre de Georg Christobal era un tal Johannes. Había obtenido el Pastorado de Ermatingen, cantón de Thurgau, en el año 1754. También decía que en aquel ambiente bucólico desarrolló su afición por la pintura...

Este cuadro había sido pintado por él. Ahora iba comprendiendo. El palo del escobillón volvió a golpear con poca paciencia.

Tomé con cuidado el cuadro de la pared y lo revisé. Mientras inspeccionaba la tela asegurada por el revés, vi los pequeños clavos quitarse con apuro de un sector. No tuve dudas: era el tío. Toqué con cuidado y sentí, bajo las yemas de mis dedos, la silueta de algo que bien podía ser la pluma.

¡Era! La saqué de allí con toda la emoción del mundo.

No podría describirla: únicamente voy a decir que tenía aquella belleza que solo puede acentuar el tiempo. La tomé y salí corriendo a comprar tinta... ¿Todavía alguien usaba? ¿Se conseguía?

¡Sí! Compré tinta china.

Día 44

Tengo que volver el tiempo atrás. Imaginar cómo eran las cosas en aquellos lugares. Pensar en carruajes y caballos, por supuesto. ¿Cómo serían los baños en Suiza en 1770? Muy diferentes, supongo.

¿La ciudad de Zurich tendría, por aquellos años, las calles empedradas? Me lo pregunto porque quisiera imaginar los sonidos de la ciudad por la mañana, que seguramente serían diferentes de los de la tarde. ¿Qué colores tendrían las casas por dentro? Se me ocurren pardos, pienso que los ambientes serían oscuros. Probablemente el olor a leña estaba siempre flotando en el aire, desde los hogares o las cocinas.

¿Cómo serían los libros de entonces? ¿Tendrían las hojas gruesas y las tapas de cuero auténtico?

¿Cómo trabajarían Goethe, Lavater, o el propio tío Georg? ¿En esas habitaciones oscuras, a la luz de velas

o faroles de aceite? ¿Cuidando la forma de la letra en cada trazo? ¿Poniendo orden en las palabras, dando ese tiempo de espera al pensamiento?

Sería un tiempo diferente del mío, por ejemplo. Muchas cosas serían distintas. Sobre todo, las marcas de la humanidad, de lo inmediato. Pero me parece que puedo encontrar algún punto de coincidencia con mi viejo fantasma. Si yo puedo conmoverme con las palabras que Goethe escribió hace dos siglos, y las puedo descongelar en segundos, simplemente con el acto de la lectura, entonces, ¿por qué no podrían ellos realizar la operación inversa? Seguramente este era el secreto del conjuro. Las palabras devolverían al tío Georg el calor que el tiempo se había llevado, haciendo mutar esa existencia fría de espectro.

Bueno, basta de darle vueltas al asunto.

Llegó el momento, como dijo el tío Georg.

El final de la historia

Aquella noche me encontraba ocupado con mis quehaceres en la cantina cuando vi que entraban dos sujetos de aspecto fuera de lo común. Sus ropas revelaban un origen diferente del de la mayoría de los viajeros. Además de ser prendas caras, eran, sin duda, extravagantes. Los dos hombres eligieron la mesa que estaba más apartada y se sentaron.

Como lo hacía habitualmente, me acerqué para preguntar qué iban a servirse. El más joven de los dos pidió un buen vino. Tendría unos cuarenta años. El otro no levantó la vista de la mesa. Cuando fui a llevar la botella con las dos copas, me pareció escuchar que el más joven llamaba al otro por un nombre que me resultó conocido.

Volví a mis faenas con la seguridad de haber escuchado antes ese nombre. No podía dejar de pensar en la identidad del extraño. Miré varias veces en dirección a la mesa, haciendo un esfuerzo por recordar. Hasta que el más joven sacó unos manuscritos de una carpeta de cuero y los puso sobre la mesa. En ese momento caí en la cuenta: el hombre mayor, de unos cincuenta años, era nada más y nada menos que Johann Wolfgang Goethe, el escritor más importante de los últimos tiempos y, además, un influyente funcionario de Weimar.

¿Qué hacía una persona tan ilustre en este bodegón de paso, en estos parajes agrestes y solitarios?

Volví a acercarme a la mesa con la intención de saludar a tan insigne cliente, pero me detuve a mitad de camino al ver que los hombres se despedían con manifestación de emoción. Goethe tomó en sus manos la carpeta, dio un último abrazo a su compañero y salió apresuradamente de la cantina.

Esperé un rato, y viendo que el cliente seguía en la mesa y no mostraba intenciones de irse, me apresuré a abordarlo.

—Disculpe, pero dígame si es verdad lo que creo, para recordar con gloria este día. ¿El hombre que estuvo con usted hace un momento era el ilustrísimo Goethe?

—El mismo —me contestó, visiblemente emocionado.

—Y usted, ¿es su amigo? —volví a preguntar.

—Sí, señor, y más que eso: podría decirle que le debo la vida —dijo, y me invitó—. Siéntese un momento y tome una copa conmigo. A cambio de su tiempo, prometo contarle una buena historia, y solamente voy a pedirle discreción sobre el asunto.

Decidí aceptar la propuesta; había poca gente en el lugar y hacía frío, de manera que un trago y un relato interesante me parecieron una buena perspectiva para amenizar la noche. Esto fue lo que me contó.

—Hace unos años, yo era un joven intrépido y arrogante. Estaba radicado en Ginebra, donde había tomado un cargo de instructor escolar para una familia adinerada, los Diodati. En aquella época me gustaba participar en encuentros con teólogos, escritores e intelectuales en casa de mi amigo Kaspar Lavather. En una de aquellas ocasiones conocí al joven Wolfgang Goethe, sin sospechar la importancia que tendría para mi vida este hecho, que en ese momento creí de poca trascendencia...

Hubo algunos encuentros, durante los cuales fue naciendo entre nosotros una relación de mayor confianza,

pero limitada a las discusiones y controversias sobre diversos temas relacionados con la literatura.

Ocurrió que unos años después tuve que viajar a Estrasburgo. Ese viaje me tenía reservadas las mayores felicidades y las más grandes desdichas. Afortunadamente, mi amigo Goethe estuvo cerca.

En esta ciudad vivía una dama de extraordinaria belleza y sensibilidad, la señora de Branconi. Fue en una de las tertulias en casa del poeta Ulrich Heggener de Winterthur cuando la conocí. Y me enamoré perdidamente de ella. En vano, Wolfgang insistió en que me olvidara de aquella mujer: no podía. Desde el mismísimo momento en que la vi, ocupó por completo mis pensamientos. Jamás había experimentado un sentimiento tan intenso. Perdí interés en cualquier otra cosa, ella se apropió de mi alma.

Investigué y averigüé algunos datos sobre la vida de la mujer que me estaba robando el sueño. Su nombre era María Antonieta. Estaba casada con el marqués de Branconi. Él era una persona celosa, pendenciera. Las diferentes versiones sobre su crueldad alentaron alguna pequeña esperanza. ¿Cómo podía una dama exquisita como aquella tolerar a un monstruo despiadado como su marido? Corrían rumores horribles sobre los maltratos que recibían a diario las personas a su servicio. Y también las artimañas que utilizaba para someterlos. También recibí advertencias sobre el rigor de su venganza si tan solo llegaba a

descubrir que alguien estaba husmeando en sus asuntos. De todos modos, me tranquilicé al enterarme de que tenía grandes negocios en París y Londres, de manera que frecuentes viajes lo mantenían alejado.

Volví a verla en la residencia de Georg Müller de Schanfhausen, hermano de un muy nombrado literato; no solo no podía dejar de mirarla, tampoco podía dejar de escucharla. Me asombraba que una voz tan suave pudiera tener ideas tan firmes. La veía y me olvidaba de todo a mi alrededor. Solamente pensaba en su cabello, sus ojos azules y su boca, con el deseo secreto de besarla.

Mi amigo Goethe insistía en que tuviera cuidado, que tomase más precauciones, que tratara de disimular durante los encuentros esa pasión que crecía desenfrenadamente. Ella también me miraba de manera especial. Podía sentir que su corazón me pertenecía.

Comenzamos a ponernos de acuerdo para salir a dar largos paseos a caballo. Si alguien nos veía, simulábamos encuentros casuales. Un simple roce de manos, una mirada a los ojos, bastaba para encender las esperanzas de un amor prohibido en realidad.

En algún momento nos atrevimos a hablar de nuestras vidas, y María Antonieta me confesó que odiaba profundamente a su marido. El marqués era ya un hombre mayor cuando la desposó, y ella apenas dejaba de ser niña. Insistió en que había sido un matrimonio arreglado entre las familias, y en que ella jamás se había

enamorado... hasta ahora. Tratamos de pensar qué hacer. Hasta que concertamos un plan. María Antonieta logró contratarme como lectorista educante, y decidimos conformarnos con aquellas tardes de lectura compartida, con la certeza de alguna cercanía.

Mi amigo Goethe me dijo que tuviera cuidado, y me dio ánimos. Ya sabía yo lo que pensaba sobre el amor: que era un sentimiento de libertad, y no de ataduras.

Durante aquellas tardes plácidas fuimos felices con María Antonieta. El simple hecho de escuchar su deliciosa voz recitando a los grandes poetas, o de ver sus angelicales manos mover las piezas en el tablero de ajedrez, me llenaba de dicha. Luego, el marqués tuvo que viajar a París por un período prolongado. Tuvimos una época de tranquilidad. Por aquel tiempo, Goethe se sumó con frecuencia a aquellas tertulias y manteníamos larguísimas charlas. Hasta que llegó el día fatal.

Una tarde, casi al borde del crepúsculo, el marqués volvió de manera imprevista, dando gritos y preguntando quién era el traidor que estaba ensuciando el buen nombre de su casa. María Antonieta me miró con pavor en los ojos y me suplicó que huyera de inmediato por la puerta de servicio, tomara un caballo de los cobertizos y no volviera, si quería salvar mi vida.

La noche helada se partió en dos, al filo de la calbata desesperada. Atravesé al galope valles, montañas y arroyos, hasta llegar, en Weimar, a la morada de mi buen amigo.

Allí permanecí por varios meses. Goethe me aconsejó guardar silencio. Se decía que el marqués se había enfurecido de tal modo, que había jurado dar la más horrible de las muertes al hombre que había osado posar los ojos sobre su esposa. Durante el primer tiempo, gracias a la mediación de Goethe, aún pudimos intercambiar algunas esquelas. Pero debieron interrumpirse bruscamente.

El terrible y despechado marido había encerrado a su mujer en un convento. Pero yo de esto nada supe. Le insistí a mi amigo para que continuara enviando las cartas a mi amada. Pero él me aseguró que no lograba encontrarla por ningún lado, que no había huellas de ella por ningún sitio. No solo había dejado de ir a las reuniones literarias; tampoco iba a lo de la modista, ni siquiera concurría a la misma iglesia.

No necesito explicarle, buen hombre, la magnitud de mi desdicha, ni contarle que caí en una profunda melancolía, que no me permitía hacer nada. Yacía tirado en la cama, maldiciendo el nombre del marqués y evocando la belleza de mi amada perdida para siempre. Pero fue entonces cuando Goethe me salvó por primera vez: de mí mismo. Con el ímpetu de un convencido, me sacó de esas sábanas impregnadas de dolor y abandono.

Con excusas, me pidió ayuda para hacer unas traducciones. Argumentó que él estaba muy ocupado con las responsabilidades de sus funciones públicas, y me

dijo que, ya que me quedaba en su casa, debería hacer algún trabajo. Fue así como renací.

Por otra parte, me aseguró que averiguaría el paradero de María Antonieta.

Fue durante esos días que escribí enorme cantidad de páginas; traduje del griego al alemán *Die Natur*, un trabajo difícilísimo y bello. También el *Lexikon*, varios comentarios del latín y obras de Sófocles.

Recuperado el ánimo de vivir, rogué a Goethe que enviara otra nota a mi amada. Mi amigo insistió en que era una locura, un riesgo innecesario, ya que María Antonieta se había esfumado y nada hacía pensar que pudiese estar oculta en el palacio Branconi.

Sin embargo, fue tanta mi insistencia que finalmente accedió.

No sé cómo el marqués encontró la carta, ni cómo supo de mi refugio. Solamente recuerdo el golpe terrible en la puerta de la casa, la voz enloquecida pidiendo explicaciones y, finalmente, al gran poeta negando mi presencia. El hombre debió estar realmente cegado por el odio, pues no hizo el menor caso a las investiduras de Goethe ni a su posición política. Simplemente, subió hasta las habitaciones como un torbellino, amenazando con su arma a quien se le cruzara, y sin darme tiempo para otra cosa que recoger el pequeño frasco con arsénico. Durante mis días de locura y profunda tristeza, había comprado el líquido letal en una droguería de los suburbios. Escondí rápidamente el frasco

entre mis ropas y me dejé arrastrar hacia la montura por el furioso marido traicionado.

Cabalgamos unas cuantas horas, saliéndonos del camino. Íbamos por el medio de un bosque. El caballo avanzaba con lentitud, porque se hundía profundamente en la nieve.

El marqués repetía que me tenía reservada la peor de las muertes, y soltaba largas carcajadas hiriendo el silencio con la voz de un loco. Ese viaje duró una eternidad. De repente se detuvo junto a un tronco hueco, me amordazó y me ató las manos con una soga muy gruesa.

Con la misma voz desequilibrada, me explicó el castigo:

“Estos páramos están infestados de lobos hambrientos. Van a oler tu sangre caliente a través de grandes distancias, de la misma manera que tú oliste la belleza de mi mujer. Y van a saltar sobre tu cuerpo sin ninguna piedad, desgarrándolo. Tal como tú hiciste conmigo.”

Dio otra risotada enferma y caminó lanzando disparos al aire. Se subió al caballo en medio de una nube de azufre. El pobre animal había hecho un gran esfuerzo: había cabalgado desde Estrasburgo hasta Weimar y luego sobre la nieve por varias horas. Sentí cómo dio unos pocos pasos y se desplomó. En vano intentó el marqués espolearlo y darle golpes de fusta: el animal estaba muriendo. Mi verdugo caminó, entonces, en busca de una salida, evaporando en mosquetazos fu-

riosos los últimos vestigios de pólvora en su carga. Y ya no pude verlo.

Imaginé mi muerte entre las fauces de las bestias. Escuché los aullidos acercándose y me invadió un terror indescriptible. Pensé en la única salvación posible: una muerte rápida. Traté de zafarme de las ataduras. En realidad, no fue difícil, porque las sogas eran demasiado gruesas como para ajustar bien. Con las manos libres, saqué rápidamente la botellita. Estaba a punto de tomar el veneno cuando se me ocurrió una idea. El caballo del marqués yacía muerto a unos pocos metros, tenía la sangre caliente todavía, y exhalaba un fuerte olor a sudor. Rocié al animal con el veneno y trepé hasta la copa de un árbol.

Desde allí contemplé el horror del que me había salvado, y decidí soportar el frío y el hambre. Los animales, intoxicados con el arsénico, finalmente se retiraron en manada.

Entonces ya había amanecido.

Bajé del árbol y caminé por la nieve hasta no sentir mis pies. Solo recuerdo haber escuchado la voz de mi amigo Wolfgang Goethe, que había salido a buscarme apenas amaneció.

Fue la segunda vez que salvó mi vida. Me llevó nuevamente a su casa y me cuidó hasta que me hube repuesto. Entonces, me contó que aquel día habían encontrado también los despojos del marqués, quien, perdido en el bosque y después de gastar su pólvora en



vanos intentos de ahuyentar a los lobos, había padecido la horrible muerte a la que me había condenado.

No hubo necesidad de aclarar nada. Decidimos dejar las cosas como estaban. Quienes quisieran saber se encontrarían con la versión ideada por el marqués: en esa historia, el muerto era yo. Mi identidad pasada había sido borrada definitivamente por mi voluntad.

Y luego, Goethe salvó mi vida por tercera vez. Me dijo que había localizado el destino de mi amada en un convento, en la montaña.

Me despedí de mi célebre amigo por un tiempo y fui a reencontrarme con María Antonieta.

Ahora, gracias a mis estudios de teología, me han conferido el Pastorado de Offenbach. Hemos decidido formar nuestra familia bajo la tranquilidad de la vida pastoril, y pretendo olvidarme de las famas literarias y las promesas de gloria. Los manuscritos que hoy le dejo a Goethe no tienen mi firma, y pretendo que continúen en el anonimato. Estoy comenzando la vida que quiero, aquí y ahora, tomándome este vaso de vino.

Entonces, usted puede contar que en su taberna estuvo el gran Goethe. No solo el mejor de los poetas: también el mejor de los amigos.

Fin

¿Qué te pareció? ¿Estás conmovido, Stravinsky? A juzgar por la tonalidad de tus sonidos, algún efecto se produjo en ese corazón de sapo que tenés.

No me hagas caso, amigo sapo, estoy muy pero muy exaltada. Fijate vos que es nuestra única oportunidad de salvar al tío Georg... ¿Se lo voy a mostrar ahora? No... mejor no... A ver... pensemos un poco más entre los dos.

A decir verdad, no era exactamente lo que había imaginado en un principio. Cuando fuimos definiendo el estilo del relato, tuve la idea de que la fórmula indicada tendría que ver con la poesía, con palabras bellas que terminarían despertando viejos sentimientos en el tío Georg. Sin embargo, a medida que fui tejiendo las historias comprendí que había otras formas de hermosura. Por ejemplo, el hallazgo de aquellas palabras ocultas que había que develar. Comprendí que llenando esos espacios huecos encontraba otros sentidos posibles. Cambiaba todo sin alterar nada de lo que ya existía.

Aposté a este nuevo juego, al descubrimiento de senderos laterales que podrían convertirse en la vía principal. Este es el as bajo mi manga, Stravinsky, muy simple: devolverle al tío un viejo deseo mediante esta nueva versión de aquellos hechos.

¿Qué te parece? ¿Se lo muestro? ¡Estoy temblando de la emoción!... No creo ser capaz de entrar al comedor. Tengo que juntar coraje, y hacerlo de una buena vez.

Voy.

—¡¿Y?! —pregunté frente al reloj...

¡*Funcionó!* escribió abajo la pluma del tío Georg, con una letra temblorosa de felicidad.

Después, el reloj dio doce campanadas y el viento revoloteó por toda la casa, como despidiéndose.

Y salió por la claraboya de la cocina.

Día 4.5

¿Qué hacemos ahora, Stravinsky? Me da una tristeza enorme que el tío se haya ido... Aunque seguro que va a estar feliz. Además, vamos a tener que ir a Suiza, para ver si realmente apareció la inscripción en la lápida frente al lago, y de paso le haremos una visita. ¿Vos que pensás?

Por otra parte, eso significa que... ¡la casa es mía! Tuya también, claro que me acuerdo... Sí, sí. Ya sé que falta un mes y medio; pero el peligro era el fantasma. Ahora ya está, misión cumplida. ¿Qué más podemos pedir?

¡Tengo una idea! ¿Qué te parece si invitamos a Mari-to a tomar el té? ¡Para festejar! Él nos ayudó bastante... Bueno... voy a tener que ir a la panadería a comprar unos escones, porque... ¡Oia! ¿Escuchaste eso, viejo? Es el chirrido que hacía el tío...

No, no puede ser... Él mismo me dijo que el relato había funcionado. Yo escuché cómo se fue...

¡Stravinsky! ¡La lapicera está flotando sobre el bloc!
¡Dios mío, no puede ser! ¡Fallamos! ¿El tío Georg sigue acá? ¿Cómo? ¿Cómo!

No seas vaga. Dejá la panadería y vamos a hacer un strudel, escribió la lapicera sola.

—¿Pero cómo, tío Georg? ¿No te fuiste? ¿No sirvió todo mi trabajo?

¡Basta de decirme tío Georg! Claro que funcionó el cambio en la historia, pero funcionó para Georg Cristóbal Tobler.

Con la voz en un hilo, pregunté:

—Entonces, ¿quién sos?

La tía Dorotea, contestó la escritura, *por supuesto.*

Y de un soplido se fue para la cocina.

EL BARCO



DE VAPOR

Laura Escudero
**Heredé
un fantasma**

Colección dirigida por Susana Aime
Ilustraciones: Cabina

© Laura Escudero, 2005
© Ediciones SM, 2005
Av. Pasen Colón 1350
C1063ADN Ciudad de Buenos Aires

Primera edición: abril de 2005
Primera reimpresión: diciembre de 2005
Segunda reimpresión: septiembre de 2006

ISBN 10: 987-573-020-3
ISBN 13: 978-987-573-020-5
Hecho el depósito que establece la ley 11.723
Preimpresión: Latingráfica / Impresos Offset
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Escudero, Laura
Heredé un fantasma - 1ª ed., 2ª reimp. - Buenos Aires :
Ediciones SM, 2006.
176 p. : il., 19x12 cm. (El Barco de Vapor. Naranja: 3)
ISBN 987-573-020-3
I. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina I. Título
CDD A863.928 2



Av. Pasen Colón 1350
C1063ADN Ciudad de Buenos Aires